Martine Tallier

A VECES PERDERSE

FICCIONES BREVES



EDITORIAL
Victoria Ocampo

Martine Tallier

A VECES PERDERSE

(FICCIONES BREVES)

Edición digital

EDITORIAL
Victoria Ocampo

Ilustración de tapa: Grabado de Lorena Acín
(buril sobre papel fabriano 230 gr.,. 2017)

Primera edición 2017

© Martine Tallier

© Fundación Victoria Ocampo
www.victoriaocampo.com
Fundacion@victoriaocampo.com

Queda hecho el depósito que prescribe la ley N° 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

Martine, Tallier
A veces perderse : ficciones breves / Tallier Martine. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Victoria Ocampo, 2017.
248 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-1198-81-8

1. Cuentos. I. Título.
CDD A863

A todos los míos, de Buenos Aires,
de Francia y de Singapur.



Martine Tallier nació en Francia en 1947. Una vez radicada en Argentina, adoptó la lengua española como modo de expresión. Se dedicó a redacciones publicitarias y a traducciones. Se formó en análisis literario, en escritura creativa, asistió a numerosas jornadas internacionales de actualización de la lengua española en la Universidad de Belgrano y se especializó en narrativa. Coordina talleres literarios. Recibió premios de La Casa de Salta, del Club de Leones de Buenos Aires, de Honorarte Bicentenario y del Ministerio de la Poesía de Flores, entre otros. Su cuento Mildred obtuvo el primer premio de la Biblioteca Olivos, año 2000. En 2001 se hizo acreedora del segundo Premio de Narrativa de la UBA, y ganó una beca para Periodismo. Su libro Al sur del paraíso fue publicado en 2003 como primer premio de la editorial Cien. En 2004 "La obsesión de Mauricio" fue segundo premio en el Concurso Internacional de Cuentos de Temática Judía, publicado en la antología Rostros de una identidad. En 2010 "El rey de los clavos" obtuvo el primer premio del certamen Manuel Mujica Láinez. En 2012, fue finalista del II Concurso Internacional de Microrrelatos del Museo de la Palabra, en Toledo, España. Integró las antologías 2009, 2011 y 2013 del Concurso Victoria Ocampo.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN 11

ORILLAS

BESOS EN CONSERVA 16
RESCATE 18
EL NIDO 20
DE DOS A CUATRO 23
RENATA 26
FRONTERA 28
ADA 31
TEMPORAL 34
MIÉRCOLES 38
A LA DERIVA 40
MEJOR DE NOCHE 43
CUESTIÓN DE LÍNEAS 46
ATRAPAR LA LUNA 50
EL BUEN VIENTO 52
TODO ES POSIBLE 55
FINAL DE VERANO 59

MOMENTOS

HAPPY BIRTHDAY 62
CRUZAR LA NOCHE 64
INEXORABLE 65
EQUILIBRIO 67
VERDE MENTA 69
IDENTIDAD 72
UNA ANÉCDOTA SENCILLA 74
FUERZA DE VOLUNTAD 76
LA LAURA 78
INICIACIÓN 80
SAPIENS MATER 81
CANCIÓN DE CUNA 83
LOVERS 84
NADIE COMO ELLA 87
ESPERANZA 89

LA NOVICIA 91
KALI 93
NOCHE DE RONDA 95

CASAS

CACERÍA 99
MAULE 101

JARDÍN INGLÉS 104
LA LLAVE 106
AQUELARRE 108
LA SOGA 110
ALFARERAS 114
IMPALPABLE 116
CON UN AMOR ESPECIAL 123
EL ÚLTIMO ESPEJO 126
LA VISITA 129
PANORAMA BAJO EL PUENTE 132
EL ENCANTO DE LA SIESTA 135
CADA UNO EN SU LUGAR 139
LA CENA 140

OTROS MUNDOS

HIPNÓTICA 143
LA BOCA DEL DIABLO 145
LA ESCALERA CARACOL 147
HOMENAJE 150
LA MASCOTA DE AMELIA 153
HADAS 156
ADIVINAS 158
ENDRIAGOS 160
OGROS 162

BRUJAS 164
EL HOMBRE DE LA BOLSA 165
LIGAS MAYORES 167
HORMIGUERO 170

VIAJES

A VECES, PERDERSE 173
VIAJE A LA CASA DE MI PADRE 176
HOURTIN 179
EXILIO 181
TODO LO QUE SUBE, BAJA 183
ANCLADA 186
MEDINA 188
ALLONS PLUS VITE 190
VULNERABLES 193
REMONTAR EL TIEMPO 195
TURISMO 196
VUELO DE CIGÜEÑA 198
MIGAJAS 200
GÉNESIS 201
PROSELITISMO 202
PLEGARIA 203
LEGADO 204
TODO TIEMPO PASADO FUE MEJOR 205

ADIVINANZA 206
PRECAVIDA 207
COMPENSACIONES 208
AMOR DE MADRE 209
UNA PEQUEÑA MÚSICA CELESTE 210

CLANDESTINOS 211
ENTREGA 212
EL NOMBRE DEL JUEGO 213
WONDER WOOMAN 214
MALDITA ESTABILIDAD 215

PRESENTACIÓN

La Fundación Victoria Ocampo, después de haberle otorgado el Primer premio a La suerte del caracol creyó oportuno apostar nuevamente por una autora que rebasa el pensamiento de lo cotidiano para transportarlo a un universo en el que las imágenes se corporizan y se desvanecen en historias en las que una mujer hace "besos en conserva" para administrarlos cuando el invierno del amor arribe.

A veces perderse, está dividido en partes. En "Orillas" se abordan personajes y situaciones que exigen una estructura mayor aunque no excedan las tres páginas. "De dos a cuatro" los ritos no pueden abreviarse ni disimular los ojos del hombre, ocultos por las páginas de un diario, tampoco "El buen viento" deja de soplar infancias perdidas ni en "Final de verano" los aromas cesan de perfumar una

postal envejecida. Hay un espacio para el deseo y para la nostalgia que dan sus campanadas de turbia solemnidad a pleno sol y en las acechantes noches. Luces y sombras se alternan o se confunden en "Ada", en "Atrapar la luna", "Cuestión de líneas" y debaten pasados, presentes y futuros con fugas temporales que nadan en mares esquivos.

En "Momentos", segunda parte, secretos desdichados y felices emergen en la apacible turbulencia de las distintas estaciones de la vida. Y en la tercera, existen cacerías de sueños reveladores, inocencias vulneradas y mujeres que, como Penélope, esperan un Ulises que suele estar lejos aunque compartan la cama. "Otros mundos", agrupa piratas, hadas, mascotas, seres fantásticos y reales que crean un esperpento propio de la existencia humana. Y llega "Viajes", exploración por seres y profundidades cuyos vuelos son simultáneamente una caída en la añoranza de lo que se ha perdido o de lo que se anhela conocer.

"Migajas", la última serie de cuentos, hace honor a la brevedad con la maestría de quien sabe engrandecer lo pequeño.

Recomiendo perderse y encontrarse en las palabras que Martine Tallier, excepcional malabarista de lo imaginario, despliega para asombro y placer de los lectores.

Silvia Plager

ORILLAS

Tuviste el mar encerrado en una caja de música. La abrías a la noche con secreto, bajo las sábanas.

María Rosa Lojo
Bosque de ojos

BESOS EN CONSERVA

El sol sigue aquí, vivaz a pesar de nuestra larga ausencia. El horizonte, desdibujado por la bruma, traspasa con su fuego la realidad del calendario. Es como si quisiera recrear en forma virtual e intangible el verano en pleno otoño. Y están las olas, el cante jondo del Cigala, Cuba y Andalucía a través de los parlantes del balneario. Nadie les presta atención. Quizás solo nosotros, en este reencuentro, somos capaces de incorporarlos al paisaje de acuarela que nos rodea.

Hay tanta calma y tanta vida que subyace a nuestros pies... Hay un inquietante color de "Muerte en Venecia", de "Septiembre", la película de Woody Allen. Hay una morosidad en nuestros cuerpos tendidos al sol, en estos mínimos gestos de "prueba", en ese susurrar palabras secretas que se funden como barcos

en la niebla. Hay un morboso toque de infancia en nuestros juegos, en nuestra piel caliente.

Ojalá pudiera detener el instante, congelar tu sonrisa de anoche y poner nuestros besos en conserva, para administrarlos sabiamente cuando el invierno se acueste de nuevo entre los dos como un león de piedra, y nos falten las fuerzas.

RESCATE

Te dejás ir en el agua, en esa quietud del verano, ganás confianza, tratás de sostener la efímera punta del hilo que te ata a la realidad y a los sueños. El aire ahora es fresco. Cuando tu piel haya recuperado el calor, el sabor de la sal, el color de los buenos tiempos, los fantasmas se habrán ido lejos, más allá de la segunda rompiente, donde no te animás a recuperarlos...

El sol sigue proyectando su luz de hielo y supera y soslaya y blanquea todo. Y los churros, el café, café, fresquita la gaseosa, tiernos los choclos, crocantes los barquillos, gorros y bolsos, te gritan la última oportunidad de la temporada.

Entonces cerrás los ojos y otras voces se unen al griterío, son las de tus hijos, voces pequeñas, diminutas reproducciones en esca-

la que alguna vez inventaste con tu hombre y que ahora, lejos, muy lejos, se inventan una vida nueva. Los ves venir corriendo, y justo cuando detenés el tiempo bajo los párpados y tus ojos proyectan el vago holograma de sus risas, de sus castillos de arena, de sus cuerpitos al sol, y alargás la mano para tocarlos, eternizándote en un gesto que, visto de lejos, parece el de un ahogado, llegan, qué pena, los bañeros al rescate.

EL NIDO

Hoy los grises del cielo van y vienen entre los árboles. El nido de cotorras, allá, en lo alto del eucalipto, ya no es una maraña deforme de palos y hojas sino un verde batir de alas, listo a levantar vuelo. El canto de las torcazas parece agigantar la quietud. Hay una brisa ínfima que se cuela entre las lavandas soltando un perfume dulzón de colibríes. Los autos pasan, esporádicos. La calle de arena se desdibuja hasta los límites del bosque y enseguida se restablece el silencio.

Imposible concentrarme en la lectura. No puedo apartar los ojos de esta tarde de febrero. Todo se agita ahora con la lluvia y los verdes incesantes y mojados relucen con despiadada intensidad.

Bajás el diario. Bostezás. Estiro la mano para acariciarte otra vez.

Es triste el espectáculo. Los nidos aferrados a las ramas, la calma espectral, tu indiferencia, y las preguntas tontas que hago de puro aburrida: qué harán los pájaros en la oscuridad del nido, qué conducta adoptarán para entretener a sus crías, qué juegos... Quizás, después de todo, lo único que hagan sea dormir a la espera del buen tiempo…

–Lo mismo deberías hacer vos –me decís– a ver si te dejás de pensar estupideces.

Qué difícil es el equilibrio porque, cuando el cielo está así de oscuro, hay voces interiores que insisten en soplarme ideas negras y hasta el futuro se me antoja viejo.

Los pájaros, en su coraza verde, no se preguntan qué hacemos acá abajo, en esta especie de jaula, pasando hojas de papel escrito, con la parsimonia del preso que ya no espera su libertad. Ellos no sienten pena por nosotros.

Y el áspero olor a piedra de la tormenta se sigue colando por debajo de las puertas. Hace frío. Es raro en pleno verano sentir este frío de otoño. Los pinos parecen querer descuartizar las nubes mientras el mar ruge a lo lejos.

Cerraste los ojos. Envidio tu facilidad para dormirte en cualquier momento, en cualquier lugar.

Tendría que sacar las flores marchitas del jarrón. Tendría que vaciar los cajones del ropero. Tendría que escribir una carta... Pero creo que sólo iré a abrir la llave del gas, antes de acurrucarme a tu lado.

DE DOS A CUATRO

Dos de la tarde.

La brisa entre las ramas del sauce se siente como lluvia sobre papel de arroz. Va y viene en sutiles ráfagas, haciendo de las hojas dijes de plata contra el cielo de marzo. El sopor es blando y envolvente. Percibo esta calma, la boca entreabierta, los ojos tensos, lista a absorber cada soplo, cada caricia, cada mínima sombra. No sé cuánto aire podré retener pero me echo sobre la gramilla caliente y pienso. Pienso que debería abrir los brazos para abarcar el instante, pero ya un oscuro pensamiento ha venido a recostarse sobre mis hombros.

La actitud es importante, decía mi padre cuando pretendía enseñarme a afrontar la adversidad. La postura debe ser laxa y complaciente, hay que darle confianza al enemigo, que nos imagine vencido y, recién entonces, atacar. Pero más tarde, ante mis quejas, tam-

bién afirmaba que los problemas no se resuelven nunca, que a la larga uno aprende a vivir con ellos.

Tres de la tarde.

De pronto ya nada se mueve. Los árboles y los pájaros, mudos como yo, se dejan encandilar por el sol, ahí, clavado en el cielo como una medalla al mérito. Pongo entonces toda la atención en la copa del sauce. Cada tanto un lejano batir de alas, el grito de un biguá resuenan, morosos, en la espesura del follaje.

Y estás vos, provocando un chasquido seco cada vez que das vuelta las páginas del diario. Y son aromas de siesta, de sudor, de animal en celo los que suben ahora de la tierra.

Tengo que moverme.

Me levanto despacio, no quiero que notes que me alejo, no sea cosa que, cuando pase a tu lado, me aprisiones la mano y me obligues a quedarme.

Mientras me recojo el pelo y camino hacia el río, llevo el peso de tus ojos clavado en la espalda. Siempre me asustó que mi cuerpo te atrajera tanto.

Una vez en el agua, te pierdo y es como recuperar el aliento. Me hundo en la frescura turbia del río. Emerjo, tomo aire, me vuelvo a sumergir, siento que me elevo por encima de la copa de los árboles, y el cielo sigue allí, como vos, calmo, serio, implacable. No puedo apartar de mi cabeza la idea de que me llevarás a la cabaña, a jugar a esos juegos a los que me resisto y sin embargo termino aceptando.

Pasa un camalote. Lento. Una calandria se alborota entre las ramas; un benteveo levanta vuelo. ¿Habrán visto lo mismo que yo?

Tus ojos no se apartaron del diario, sin embargo sé que me pueden ver a través del papel y que, dentro de un rato, cuando me hagas esa seña brusca con las cejas, ya no podré negarme al rito perverso.

Cuatro de la tarde.

Salgo del agua. Me acerco lentamente a tu reposera. Dejo gotear adrede el agua de mi pecho encima de tu cabeza. Entonces, cuando cerrás los ojos satisfecho y suspirás bien hondo, apoyo, tierna, sobre tu cuello la yarará que me acaba de traer la corriente.

RENATA

Bajo esa aprensiva máscara hay una nostalgia de arrullos, un vacío perenne y, detrás de la cortina polvorienta de engaños, estoy yo, tu hija. Te espero desde la hora azul en que el invierno clausuraba el tiempo. Mis ojos nunca verán quién se llevó tu alma pero un buen día alguien la depositará sobre una playa desierta y, la boca curtida de sal, el cuerpo ardiente, la piel marchita, tendrás que dejarte arrastrar por las olas hasta mi orilla.

Quizás nunca sepa del todo quién fuiste. Te marchaste temprano llevando el secreto prendido en la carne como broche de coral, obligándonos a pensar que eras distante, que eras fría, que las cosas que callabas eran feas.

Ojalá el cielo te deje una puerta entreabierta y oigas el sonido de los caracoles que junté para vos el último verano. Ojalá que al

surgir del agua en un enredo de algas logres quitarte el oscuro disfraz que te impuso la muerte. Ojalá puedas reconocerme, porque iré corriendo a ovillarme entre tus brazos.

FRONTERA

Primero llegaron los hombres, casi todos hacheros que bajaban por el Manduvirá y se emborrachaban con caña apenas ponían pie en tierra. Papá les servía copa tras copa mientras vos, detrás del mostrador, cantabas guarañas que llenaban la taberna de tonos suaves y amansadores.

Luego vinieron las lluvias y las noches de subasta, cuando papá abría la cortinita y aparecías radiante. Erguida delante de ellos, con tu vestido de ñandutí, eras una roca, una muralla.

Me mandaban a jugar afuera, bajo el alero, y yo, subida a los cajones de soda, te espiaba por la ventana del costado. Me gustaba ver tus gestos cuando ellos se acercaban a depositar sus billetes sobre la barra. Era como perder por un rato a la mamá que olía a yerbabue-

na, hacía rico chipá, y lavaba la ropa en el río, para descubrir a la princesa, que digo, a la reina de aquel profundo universo correntino. Te quitabas la ropa, lento, lento, con una extraña soberbia en los ojos. De pronto eras la bella esclava del cuento que solías leerme antes de dormir. Lo que nunca imaginaste es que al pasear semidesnuda sobre esa barra, fijabas en mí un concepto ambiguo de gloria y repugnancia. De esa época recuerdo el sonido de tus tacos encima de las cáscaras de maní y la adoración con la que papá te miraba. Entonces los hombres empezaron a ser manos, manos grandes y toscas que dejaban rastros húmedos mientras ascendían por tu entrepierna. Recuerdo el susto de verte desaparecer con el ganador de la subasta detrás de la cortinita y las asquerosidades que gritaban los que habían quedado, al igual que yo, del lado de afuera. En el baldío de mis diez años, el olor a alcohol y a tabaco frío se me antojaba una caparazón que te hacía inalcanzable, mamá.

Tarde entendí, pero entendí, que tu noción de libertad ya no era correr conmigo descalza por la selva o pescar surubíes con lin-

terna, sino un penoso límite, una línea muy delgada entre el amor y el hambre, pero no pude escapar.

ADA

Morena, sucia, plagada de moretones va por la playa juntando desperdicios. Arrastra una bolsa como sonámbula cuando el mar, su mar de todos los días deposita una botella sobre la arena, a sus pies.

Se agacha, la levanta, la da vueltas, la observa un rato, frunce el ceño: recuerda vagamente una historia que le contó el abuelo. Piensa que sería lindo poner su nombre en un papel, introducirlo allí adentro y echarlo de nuevo al mar para que más tarde, alguien, en otra orilla, bajo otro sol, pueda leerlo, y agregar su nombre y volverlo al agua, y así, sucesivamente, hasta que la botella, llena de papelitos con nombres exóticos y distantes, recorra todos los mares del mundo y regrese a ella, quizás cuando sea grande, y le haga la vida menos triste, menos solitaria que la de

las mujeres del pueblo, que sólo hablan con los perros.

Con esa idea aferra la botella y corre en zigzag detrás de una hoja de periódico que acaba de pasar volando hacia los médanos. No sabe escribir, pero sus dedos ágiles pueden plegar el papel y hacer un barquito. Una vez terminado, antes de soltarlo dentro de la botella, se acerca a un pescador que arregla sus trasmallos.

–¿Señor, podrías poner mi nombre, acá, en el barquito?

Él le pregunta cómo se llama, ella se lo dice y el viejo, mojando con la lengua la punta del lápiz que trae sobre la oreja izquierda, empieza a dibujar tres letras.

Es como un acto de magia la aparición del rudimentario "ADA". Nunca lo ha visto escrito. Le parece imposible que su nombre sea apenas dos montañitas con un candado en el medio, entonces, cuando desliza el barquito dentro de la botella y le pone el corcho, siente por un rato que la vida es linda.

En esa pequeña playa nadie nota la chispa en los ojos de la niña que se dirige a la escolle-

ra y que una vez en la punta, una vez sentada sobre las piedras, admira su nombre que, deformado por el vidrio, parece el lomo rugoso de una tortuga. "Ada", dice en voz alta mientras abre y cierra los dedos de los pies con deleite. "Ada", repite mientras las olas golpean contra las rocas. "Ada", "Ada", "Ada", le canta a su botella verde como a una muñeca.

Y cuando el cielo de Masbah empieza a volverse noche, cuando al fin, en una imperceptible descarga se encienden las primeras luces a lo lejos, la niña besa la botella y la arroja al mar.

En su pecho late algo parecido a la alegría. Ya no importa el hambre o el ruido sordo de los bombardeos. Ya nada duele en su cuerpo sufrido. La íntima convicción de que un día podrá reencontrarse con su barquito de papel, la mantendrá a flote.

TEMPORAL

–¿No venís a la playa, che?

–¡Quién quiere ir a la playa con este calor! Además, hoy es viernes, tengo que planchar. Andá vos nomás…

Ella no quiere quedarse sola pero está gorda, fláccida y ningún traje de baño le sienta bien. Preferiría que hubiesen ido a pasear por el bosque así, con su pantalón negro y la remera larga que la hace delgada, se sentiría mejor, pero sabe que es inútil torcer la voluntad de un hombre que quiere ir a ver chicas en bikini.

Él da algunas vueltas como si buscara algo, hasta que al fin toma las llaves del coche, le besa la punta de los labios y cierra la puerta, se diría con precaución, como si el ruido de un portazo pudiera hacerla cambiar de idea.

A pesar de que aborrece el encierro, se queda imaginando recetas para cuando llueva y él esté obligado a permanecer adentro.

No llora. Sólo espera que se nuble.

Después de planchar va de un lado a otro del pequeño departamento que alquilaron por la quincena. Les quedan dos días antes de regresar a Buenos Aires. Dos ínfimos días para revertir trece de desencuentros. Entonces prepara una ensalada de camarones, amasa hojaldre, unta con queso blanco las tostadas para el salmón, las decora con alcaparras, pone una botella de champagne en el congelador. Se cambia, se perfuma, se pinta los labios y va a sentarse un rato en el balcón.

Sus pequeñas manos apoyadas sobre la falda, una de ellas todavía sujetando un repasador, parecen estar rezando. Observa la playa. El temporal viene por el Este. Eso le trae a la memoria otro temporal, más misterioso porque pertenece a ese tiempo que duerme entre la infancia y ayer mismo, cuando ella aprendía a ser adulta delante del espejo del tocador de la abuela, el cuerpo esmirriado perdido dentro del vestido de novia de su madre,

con cinco vueltas de perlas de fantasía, los pies metidos en tacones prestados, rellenas las puntas con papel de diario, y un viento repentino que cerró la ventana, esparciendo vidrios rotos a su alrededor…

El mar se ha convertido en un revoltijo de espejismos. Hay olas negras coronadas de espuma, hay desperdicios flotando en la rompiente, hay una gaviota que vuela en círculos sobre las carpas como a la espera de alguien. Las nubes traen agua. El viento levanta arena.

Y le da por imaginar que él no regresa, que al oscurecer la marea alta deposita su cadáver como sobra mordisqueada por los peces. Es sólo un momento, una visión nefasta, una idea absurda, pero tiembla porque lo ama. Si él supiera cuánto lo ama…

Y llega justo cuando la noche anticipada se cierra de una manera insólita sobre la tarde.

–¿Qué hiciste de cenar, gorda? –dice con los ojos cargados de mujeres lindas, y se sienta a leer el diario.

Comen delante del ventanal. Ella no sabe de qué hablar.

–Temporal de mierda, chau playa –dice el hombre mientras traga dando vuelta las páginas.

Ella sonríe satisfecha de que, al día siguiente, él se quedará en casa. Pero se arrepiente y, antes de que el primer relámpago cruce el cielo y el silencio se reinstale entre ellos como un gato delante del fuego, dice: –¿Viejito?, si querés, pruebo de hacer una cruz de sal en el balcón, así mañana te sale el sol.

MIÉRCOLES

Es miércoles y te entraron ganas de ser otra, de estar cerca del río, por ejemplo, y dejar que el viento te seque las lágrimas, porque tus ojos están llenos de lágrimas y no sabés qué hacer.

Es miércoles, y aunque no tenés la más mínima idea de por qué estás aquí, en el borde del agua, llorando como una magdalena, seguís adelante con la función. El cielo es una postal implacable que trae recuerdos de un hombre. Y mientras el viento sigue soplando sobre la costa, vos, meta hacerte preguntas: habrá otro que me conquiste, y de haberlo, cómo será: un flaco desgarbado que lee poemas, un gordito simpático que se las sabe todas o un galán maduro con tendencia machista. Sin querer te vas hundiendo en la película del porvenir.

Es miércoles, y te importa muy poco que mañana sea jueves y no tengas con quién pasar tu cumpleaños, y nadie meta el dedo en el merengue de la torta y dale que te hago un masaje con toda esta crema y después, calentitos, hacemos el amor delante de la chimenea. ¿Quién va a venir a verte?

La verdad es que quisieras desaparecer por una semana, por un día, por unas horas aunque más no sea. Pero el viento dale que dale con tu pelo y el abismo del puente que se abre tentador. Te dan ganas de saber si el agua está fría, si dentro de un rato serás capaz de ir a la deriva, los ojos tensos en busca de un horizonte indefinido, lejano, impiadoso, o gritando auxilio.

Sería bueno que en la película que te estás haciendo digan ¡Corte! Pero el silencio se instala y nadie dice nada porque no hay nadie en el puente. Solo la urgencia del agua que pasa por debajo. Solo vos, esperando vaya a saberse qué, quizás que alguien te conquiste de la misma bella manera que tu hombre andará conquistando a otras.

A LA DERIVA

La memoria quedaría completa si el presente fuera en blanco y negro, y el pasado en colores. Así el hoy, con sus verdores de sauces, sus matices gris plata, el aroma inconfundible de la lluvia, y el gemido de la vereda bajo tus botas de goma, sería soportable.

Un kilo de papas, me oigo decir y, mientras tu mano torpe se hunde en mi bolsa de red, miro la calle, el agua que lo cubre todo, y es como verme nadar de nuevo en ese río de barro y vos tirando de la soga que me subió a la costa… Dos cebollas, por favor, susurro, y te señalo que también una penca de acelgas. Me salvaste la vida, sabés.

Estás igual: fuerte, alto, bronceado… Tus ojos negros son un remanso de ternura. Y cuando digo tu nombre, quedás de piedra, viéndome arrugada, casi traslúcida entre tus

cajones de verduras. Y un tomate bien maduro, sonrío abriendo la bolsa, como para darte tiempo, como para ver si te cae la ficha. De pronto me echás una mirada y siento que todavía llevo puesto el delantal de la secundaria. Qué más va a llevar, señora, decís, remarcando muy bien el "señora". ¿No querés tutearme? Me pregunto si fui yo la que se fue del pueblo hace como treinta años o si este paisaje repetido y desolado se deslizó entre nosotros trazando una barrera.

Cómo es posible que el río desbordado, las aguas que hoy reflejan extrañas ondas, no te remitan a la barcaza abandonada donde nos escondíamos a jugar. Hay fugas de luz bajo los árboles y astillas de cielo que asoman entre las ramas sumergidas, igual que el día en que me pediste que fuera tu novia.

En el fondo de tus ojos sigue estando nuestra escuela rural y tus ilusiones de estudiar medicina. Tengo unas ganas de besarte…

Como si adivinaras mis pensamientos, bajás la cabeza. ¿No va a llevar zapallo?, decís.

Lo que son las cosas… Yo, nadando hacia zonas recónditas de nuestra infancia, a las

caricias en el recreo y vos, con el sigiloso filo del serrucho rasgando la costra del zapallo… Un zapallo anaranjado de cuya pulpa parecen surgir las semillas podridas de la frustración. ¿La mía o la tuya?

Nada permanece fijo en la agitada lluvia de abril, entonces imagino todo en blanco y negro, y me importa un bledo que yo sea médica y vos verdulero. Solo tengo la esperanza de que vos también andes a la deriva y me tires una pequeña ilusión de la cual asirme.

MEJOR DE NOCHE

–Nadar a esta hora es seguramente el ejercicio más sublime que se puede practicar –dijo el tío mientras nos deslizábamos entre las algas del Paraná–. Dejarse llevar por la corriente sin otro horizonte que el titilar de las estrellas es, sin duda alguna, como estar fuera del tiempo, como hacerle un corte de manga a la rutina, mi querido.

A veces el tío se las daba de poeta, y aunque yo no estaba tan seguro de que nadar de noche fuera más agradable que recibir el calorcito del sol a través del agua, no me atreví a interrumpir esa especie de soliloquio iniciado una hora antes, y que no parecía próximo a tener fin.

–Estamos hechos para otra cosa, viejito. Eso de pasarse la vida a los piques, sorteando obstáculos, no tiene gollete. Ves, –agregó,

echándome una mirada cómplice, –de noche es más placentero, sin tanto bote ni pescadores con sus cañas.

Yo callé porque sabía muy bien que meter un bocadillo cuando el tío hablaba era una tarea difícil, por no decir imposible, pero mi corazón joven prefería la luz del día, ese toque de adrenalina de ver y ser visto.

Y el tío la seguía. –...la permanencia en este mundo es privilegio de los sabios, querido sobrino–. Flotaba ahora boca arriba observando las nubes. Y yo me entretuve con una en forma de espiral, que el viento fue desdibujando hasta aplastarla contra el horizonte.

De pronto, los ojos del tío, algo saltones de por sí, parecieron encandilados por una luz que provenía del mismo centro del río. La luna no podía ser, yo la estaba viendo detrás de unos sauces. Ahí fue cuando remató su frase con: –¡Sólo la noche es gruta, es madre…!

¿Sólo la noche es gruta, es madre? ¿Otra de sus metáforas?, me dije. Quieto, el tío hacía la plancha en el centro de ese halo luminoso que, si no fuera porque no creo en extraterrestres, me habría parecido de otro

mundo. Nadé con fuerzas para acercarme. La voz del tío era un eco casi inaudible. "...noche... gruta... madre..." ¿De qué habla, tío?, grité desesperado, y me arrimé un poco más. Entonces entendí claramente lo que decía: "¡Es un sol de noche, la puta madre!

Fue lo último que oímos antes de que la red se cerrara sobre nosotros. Eso y la voz del hombre felicitando a su hijo: ¡Qué grande, gurí, atrapaste dos surubíes enormes!

CUESTIÓN DE LÍNEAS

Once de la mañana. Pleno sol. Acaba de salir del agua. Se está untando con una crema viscosa color zanahoria que, seguro, le recomendaron en la perfumería. Se recuesta. Lo observo transpirar bajo la luz furibunda de octubre y pienso que, de seguir así, terminará escurriéndose hacia la nada, con la misma indolencia que los relojes de Dalí.

Me gusta ver la magnífica línea turquesa que se dibuja a sus espaldas y a lo largo de la costa. Una perfecta curva en movimiento, paralela a su cuerpo. Lo amo tanto… Cuando despierte, a lo mejor le confieso que siempre admiré su manera de vivir las cosas como vienen, que me asombra la tozudez con que clava la sintonía en el presente. Yo, en cambio, guardo algunos fantasmas que me obligan a dosificar las emociones. “No pienses tanto”,

me dirá, "los pensamientos suelen traer ideas negras o grandes desilusiones." Y tendrá razón.

Me levanto. Necesito alejarme un poco. Le tiro un beso al aire aunque sé que no alcanzará los recovecos del sueño en el que ha caído apenas se echó en la reposera.

Camino sin darme vuelta. Cuando llego al final de la playa, allí donde el faro marca un límite en la costa, descubro detrás de mí una larga línea de pasos que se me antojan diminutos comparados con otras marcas que se inscriben en la arena.

Entro en el agua coronada de espuma. Una bandada de gaviotas aguarda el instante fugaz en que las olas, suspendidas en lo alto, vomiten algunos peces.

Tengo frío.

Corro a secarme detrás de un balneario abandonado. De cara al cielo, imagino que él llega a buscarme, tan alto y bello como cuando éramos jóvenes y veníamos a veranear con los chicos. Esa idea me place. Olvido que entre los dos han pasado demasiadas cosas, demasiado tiempo. Pero qué es el tiempo en

definitiva. ¿Una línea imprecisa que nos marca el rumbo, o una flecha que nos termina matando?

De pronto una gaviota me sobrevuela, azul, quieta. Escondo la cabeza entre los brazos. No quiero llorar. Me digo que la playa vacía también es una bella línea, una estúpida y bella línea, quizás insignificante frente a toda esta inmensidad atiborrada de luz. Una línea invisible que separa lo próximo de lo eterno, una línea capaz de modificar el color del paisaje. Ahora mismo el mar se ha vuelto extrañamente anaranjado. A lo lejos pasa una bicicleta. Resuenan voces detrás de los médanos. La gaviota, porfiada, chilla en busca de comida. Sólo me queda un alfajor en la mochila, no se lo pienso dar, lo reservo para compartirlo con él, cuando despierte y me venga a buscar, porque lo hará, sé que lo hará.

Sería tonto que la tarde acabara sin novedades. A lo mejor sigue dormido… Lástima, me hubiera gustado verlo llegar con las manos en los bolsillos de su short de baño, los pelos al viento, envuelto en un halo fosforescente.

Debo volver sobre mis pasos. Debo evitar que el verano instale su abrupta porfía en la cabeza del hombre que amo, y pretenda regresarlo al lejano bullicio de enero, a los hijos, a los nietos, a los que ya no están.

Me apuro a hundir los pies sobre cada una de mis pisadas antes de que el viento borre el camino de hormiga que me alejó de él, antes de que estos cuatro pequeños días de amor quiebren el simulacro de perfección que sostengo desde que una ínfima línea de fuego se cruzó en su memoria. Antes de que olvide definitivamente cuánto me amó.

ATRAPAR LA LUNA

En el convento hay un campanario de piedra que se refleja en las aguas del río y alarga su sombra hasta la otra orilla, donde está el recodo cubierto de sauces y, más allá, la nada. Cuando las noches son claras subo a escondidas, me quito el hábito, dejo en el piso la toca, cuelgo en la punta del alero el rosario de cuentas negras y asomo mi cabeza rapada por entre los arcos. Entonces me veo ir, despojo, mujer, pirata sobre un barco ficticio. Es como si se me dibujaran unos ojos enormes. Y allá vamos, el campanario y yo, formando una estela de luz que baila en la superficie. Navegar así no da frío ni marea. Sólo debo apartar un poco las estrellas que flotan a mi alrededor para descubrir la pincelada movediza de la luna, después, alargo la mano, levanto su miel enredada en los dedos y dejo que su fosforescencia ilumine la ruta cambiante. Lo

único que no puedo hacer es guardarla en mi regazo porque el río dejaría de ser espejo, las estrellas se harían añicos, y yo perdería todo lo bueno, todo lo bello, hasta el fantasma de la sirena que me habita.

EL BUEN VIENTO

El viento era entonces sólo un pretexto para guarecernos de las miradas turbias de los mayores que tomaban el aperitivo en la terraza del Gran Hotel. El asunto era correr con nuestros primos por la rambla, bajar a la playa y seguir hasta lo alto de las dunas, donde la arena nos azotaba las piernas, y vislumbrar en ese territorio en constante vuelo, inciertas figuras de lanceros y camellos.

Era fácil en aquel tiempo echarse panza abajo, disparar a trasluz rifles imaginarios y gritar, ebrios de libertad, todas las malas palabras que conocíamos. Éramos capaces de permanecer así durante horas, como si de veras esperásemos que, venciendo al otro bando, obtendríamos cierto matiz de gloria, o al menos la atención de las chicas, que enhebraban collares de caracoles en la retaguardia.

Otras veces, con el falso pretexto de ofrecerles amparo, cavábamos refugios bajo los tamarindos, nos sentábamos en ronda, les hacíamos cerrar los ojos y les contábamos historias espeluznantes. Había que ser precavidos, ellas solían adelantarse a todos nuestros pensamientos. Para poder abrazarlas sin reparos, teníamos que inventar por turno relatos de oscuros tambores, hordas de caníbales, torturas demenciales, suplicios y sangre, mucha sangre fluyendo a borbotones.

Por más que nos quisieran espiar o se taparan los oídos con las manos, el viento, nuestro aliado, amplificaba el sonido de las voces y las obligaba a cerrar los ojos. Así, una especie de borrachera desanudaba todos los gestos y podíamos hacer cosas que jamás hubiésemos hecho en un día de calma.

El viento hoy no es más que un intruso que lame nuestros restos, el sol no logra mitigar las nubes que se deslizan bajo la piel, y la memoria ardiente de antiguas lluvias, muda el tierno rocío en bruma invernal. A cierta edad uno cree que nada ha cambiado pero

cuando las ráfagas comienzan a sesgarse más allá del agua, hacia tierras lejanas, ya no se vislumbran lanceros ni las mujeres que iban de pueblo en pueblo, con su telar a cuesta, tejiendo hilos de luz a la sombra de los baobabs. Sólo queda el vibrante remolino de seda con el que algún antiguo amor se envolvía la cabeza y decía, tiritando, "¿vamos a tomar un café?". Ojalá estuviera conmigo ahora alguna de aquellas mujeres para jugar detrás de los médanos, para desandar esta piel insulsa de lagarto y tenderme sobre las piedras. Ojalá pudiese dejar la náusea marina que me persigue. Ojalá el buen viento barriera esta sensación de pernoctar bajo aguas muertas y volviese a sentir las ganas de cruzar el océano, de llegar al horizonte verde, de acariciar los bordes de la luna, de olvidar la estúpida porfía de haber crecido.

TODO ES POSIBLE

Hay reflejos inciertos en la ventana y ella se dice que cuando llueve es lindo pensar en los detalles, imaginar que el verano con sus claroscuros vendrá pronto a ponerle hojas a los plátanos, ahora desnudos y relucientes, y provocará sombras propicias en el jardín.

Sus ojos traspasan el césped y buscan más allá, en los charcos de la calle, el reflejo del cielo, de las nubes, de las ramas mojadas que parecen restos de naufragios. Porque cuando llueve y ella está al abrigo cree que todo es posible, aún las cosas más absurdas. Y mientras el aire húmedo asoma sus tentáculos por entre las hendijas, hay gotas que estallan sobre las hojas de la achira y resbalan sensualmente hasta caer encima de la capota de un cochecito de bebé.

¿Qué hace allí un cochecito de bebé?, se pregunta. Sería casi un crimen dejar a un niñito afuera con esta lluvia y con esas corrientes de aire frío que de pronto obligan a acercarse al fuego. Las ráfagas sacuden las ramas, las quiebran, las hacen volar. Justamente ahora ha caído una cerca del cochecito, con un extraño sonido de piedra en el barro. ¿Nadie va a ir a buscar ese coche cuna? Ella no, desde luego, porque la asustan las tormentas, pero en el barrio tiene que haber un alma buena, un corazón generoso que vaya al rescate y le alcance el bebé a la que mira por la ventana retorciéndose las manos, mientras se debate con su conciencia. Alguien tiene que traerlo, así lo seca, lo arropa y le canta "*Duermasé mi niño, duermasé mi sol, duermasé pedazo de mi corazón…"* Que alguien haga algo o va a enloquecer viendo esos puñitos agitarse en el aire…

Con una lluvia así el agua puede brotar de las alcantarillas, cubrir las veredas, llegar a los jardines, hasta es posible que desborde el río, tan cerca, y se lleve el cochecito lejos, muy lejos, donde no lo alcancen las miradas, ni

se oiga el llanto desconsolado… Sería mejor, después de todo, porque la gente es capaz de pensar que es raro un cochecito de bebé en el jardín de una solterona.

Ella observa el tibio resplandor del fuego en la chimenea y sonríe. La memoria es una espina honda que duele bajo la piel. Recuerda al hombre alto, que olía a grasa de máquinas cuando apareció aquella tarde de verano delante de su puerta. Tímido hasta la exasperación, fue ella quien tuvo que acompañarlo hasta el fondo para mostrarle los yuyos que estaban invadiendo su preciosa gramilla. Y fue allí, sobre los pastos azules que crecen a la sombra del embarcadero, donde más tarde las manos toscas del hombre, un despilfarro de carne oscura, la hicieron gemir de placer por primera y única vez.

Cuando deja de llover, las gotas rezagadas bajan trémulas por los vidrios y quedan oscilando a mitad de camino. Los rayos del sol asoman demasiado tarde para aclarar las imágenes confusas de hace un rato. Entonces ella se dice que es mejor bajar las persianas

y esperar a que mañana, con el nuevo día, quién sabe, todo haya desaparecido.

FINAL DE VERANO

Nada en el mundo podrá apartar de mis ojos el color de esta mañana. Hay mucho cielo, mucho mar, agua y espuma, pero no se ven gaviotas como antes. Sólo algún rascón solitario.

Desde mi sombrilla olfateo el aire húmedo. Sol. Yodo. Arena.

No hay tiempo que perder. El despertador podría robarme el instante. Corro, extiendo los brazos, levanto vuelo, paso por encima de los techos, planeo sobre las dunas, rozo con un beso tu piel caliente y te muerdo como muerde el sol antes de desaparecer. Te hinco los dientes y sigo viaje, con el horizonte clavado en las entrañas. Debo apresurarme a conservar esta idea de vuelo para cuando el moho y la rutina lleguen con su hartazgo. Sé que el verano terminará con este sueño.

Me tortura pensar que cuando despierte el mar seguirá allí, azul, rugiente, porfiado. Y que pronto las sombras que ahora se alargan sobre la arena, y esta pequeña brisa que no alcanza a despeinarme, serán desplazadas por el humo de los colectivos y las corrientes de aire de la gran ciudad.

Persisten bajo mi piel olores primarios: menta, lavanda, alcanfor, sábana de hilo. Una cadencia indiscreta de mar y algas invita a cerrar los ojos aunque, tan cercanos a la despedida, los párpados se resisten. No sé si quiero irme. No sé si quiero quedarme. No sé si puedo aterrizar en la postal quieta y solitaria que es la playa a esta altura del verano. Solo espero recibir algo de su tibieza, antes de hundirme de nuevo en la llaga del invierno.

MOMENTOS

La soledad te ayuda únicamente
si la vas a colmar de ecos necesarios,
de nostalgias tangibles…

Mario Benedetti
Cantera de prójimos

HAPPY BIRTHDAY

Y la vida se precipita un lunes a la mañana cuando, junto al desayuno en canasta que te llega con flores del otro lado del océano, te vienen a la mente todas las tardes y los juegos en el jardín de esta casa que los ha visto crecer. Primero aparece la mínima melodía de una nana, un perfume sutil a recién nacido, después la ternura de esos cuerpos nuevos acurrucados entre tus brazos y enseguida un desfile de lágrimas y risas que te encienden el corazón.

Entonces saltás de la cama, te ponés aquella minifalda de cuero, el cinturón ancho, la vincha floreada, las botas altas y, mientras escuchás una y otra vez el tema de los Beatles que él canturreaba cuando se conocieron, bailás delante del espejo como si no te dolieran los huesos, como si ayer fuera hoy.

Sentada en la orilla de esa canción, antes de que se apague el resplandor de la memoria y tengas que volver a resguardarte en la penumbra del invierno que disimula las arrugas, esperás mansamente la llegada de tu hombre con su acostumbrado "hola, gorda", para bajar a tierra.

CRUZAR LA NOCHE

La noche es larga y a veces, cuando los párpados orillan una sábana de agua y los huesos ruegan por un abrazo fraterno, soñamos que la mañana nos calzará como un zapato nuevo.

La noche es larga y aunque la leche duele en el pecho y grita por el hijo que espera en la cuna, sonreímos con la dulce ilusión de que nadie notará que nos caemos de sueño.

La noche es larga pero es tan ínfimo el minuto en que deja de ser noche, que debemos correr antes de que los primeros rayos del sol iluminen los resquicios de semen en nuestro maquillaje y la locura se anteponga a la voluntad y las pérfidas miserias queden expuestas a la luz, y la gente piense que somos malas, que somos feas, que somos sucias, y que no tenemos remedio.

INEXORABLE

Una noche dejarás de soñar, luego otra y otra. La única música que percibirás será el goteo de una canilla, los golpes de viento contra las persianas y el silbido de los días que pasan velozmente delante de tu puerta.

Será inútil ir a buscar el cofre de los recuerdos donde cartas, fotos, sueños, pequeños ramos secos descansan entrelazados como cachorros: sólo encontrarás polvo. Será en vano hundir las manos en esa vieja caja de zapatos para recuperar algo de su tibieza.

Después, te saldrán ojeras, cambiarás de humor, el colectivo dejará de pararte a mitad de cuadra para que no llegues tarde al trabajo. Tendrás que correr, resoplar, suplicar.

Poco a poco los desayunos de a dos bajo la parra, con tacitas de porcelana, arrumacos y maravillosos proyectos serán sustituidos por

un café amargo, solitario, en vaso de papel, en el andén de la estación.

Y cuando quieras acordarte aparecerán arrugas por todas partes, empezará una especie de comezón, una ínfima molestia a la altura de los omóplatos, luego un dolor penetrante que se convertirá en insoportable y una mañana cualquiera, sin previo aviso, con un sonido opaco de lágrima sobre la nieve, habrás perdido definitivamente las alas.

EQUILIBRIO

Equilibrio. No mirar hacia abajo, tampoco arriba. La vista al frente, siempre al frente, las manos firmes, sostener la escoba que te sirve de pértiga, el viento en el rostro, fresco, itinerante, sabio. Los pies ligeros, los ojos en el infinito, la cabeza vacía. Equilibrio, equilibrio. Pensar que estás a 30 cm. del suelo. Pensar que es un juego. Mejor no pensar en nada. O creer que uno ocupa un lugar especial en el mundo. Un lugar que nadie más podría ocupar. Abandonar toda idea rosa, dejar que las imágenes se desintegren, pasen de largo, que el tiempo corra como una cuerda bajo tus pies. No caer en la tentación de soltar, de saltar, de perder, de olvidar, de recordar, de reír, de llorar.

Equilibrio. Admitir que bajo tu máscara impasible se oculta el miedo. Reconocer

que has tenido una mala experiencia, que los asuntos del corazón no han sido tu fuerte, y que el amor tan grande que con sus latidos te abarca el pecho, nubla por completo tu entendimiento.

Equilibrio. Tratar de fijar sobre el mundo una mirada neutra, larga, esperanzada, aunque afirmen que eres incapaz de producir un milagro. Mantener a flote la vieja barcaza de la convivencia que, a fuerza de remar, suele hacer agua cada primavera.

Equilibrio, equilibrio, en el borde del balcón, sin mirar hacia abajo, tampoco al cielo, mucho menos atrás, donde están los ojos del hijo que llora en la cuna.

VERDE MENTA

Qué linda está la tarde, ¿no? Y los árboles... ¿Viste el color de los árboles? Te acordás cuando venías apurado, gateando por el pasto, a mostrarme una flor. Ponías tus manos verdes de clorofila sobre mi vestido blanco... Eras más petiso que aquel gajo que plantamos con tu padre, hace como mil años y que después resultó ser una menta que nunca prosperó. Vos sí que prosperaste, estás hecho todo un hombre ahora. ¿Y el tobogán, te acordás del tobogán?

¿Que quién puede tener tanta memoria? Yo, claro. Porque a mí me da por recordar hasta la mínima estupidez. Es la edad, viste. ¿Joven, yo? Sí, dale... Y no te gastes en hacerme creer que te interesa lo que digo. Sé que estás apurado, como siempre.

¡El tobogán...! eso sí que te gustaba. Abrías bien grande los brazos y yo te recibía en los míos con ese olor a viento y a caramelo de menta. ¿Cómo que de dulce de leche? Vos estás loco. Si a tu padre y a mí nos extrañaba que, tan chico, te gustara la menta. El loco por el dulce de leche era tu hermano Tito... ¿Cómo que vos sos Tito? ¿Cómo que no tenés hermano? Entonces, si vos sos Tito, ayer, quién me vino a visitar. ¿Fuiste vos? Creí que era papá... Porque, ahora, con la barba, estás igualito. Justo ayer hablábamos de eso con papi. Nos quedamos abrazados hasta que sonó la campana esa que cuelga de la reja y la enfermera vino hecha una furia porque yo no quería entrar. ¿Te conté lo mucho que lo quiero a tu papa?

Huy, qué cara... No me vengas otra vez con la historia de que está muerto. Vení, no llorés, dame la mano. Abrazame fuerte y miremos juntos el atardecer. Así, como con papi, anoche. ¿Querés un caramelo de menta? ¿No? ¿Seguro que no querés? Si parece mentira... Ayer nomás venías gateando y me traías flores... Verdes eran.... Sobre mi vestido

blanco… ¿Nada de nada te acordás? Menos mal que estoy yo para mantener viva la memoria.

¿Qué linda está la tarde, no? Y los árboles… ¿Viste qué verdes están los árboles?

IDENTIDAD

Dicen que los habitantes del altiplano ven en el resplandor del fuego a todos sus ancestros. Las voces surgen del crepitar de la leña como látigos que redondean las llamas y sepultan las tinieblas.

En cada fogata, en cada antorcha, las ánimas de los conquistadores regresan con sus oscuras naves a tomar lo que no les pertenece.

Y las mujeres bailan descalzas con sus miriñaques de hierbas, transmutando mortero por dedal, cuenco por taza, escoba por abanico, sangre por oro y, en el profundo silencio de la montaña, caminan sobre brasas para obtener clemencia.

Dicen que a veces los fantasmas se las llevan como esclavas al otro lado de la cordillera y recorren con ellas los laberintos de una ciudad secreta, disfrazados de mendigos o de ciegos.

Dicen que en las noches de luna copulan bajo las estrellas y que al borde de los grandes lagos hay guaguas de ojos claros que aúllan como lobos.

Seguramente no hay que creer en todo lo que se dice, pero debe de haber un orden contradictorio en esta tierra de América porque, cuando despunta el alba y se enfrían todos los fuegos, aún se percibe el fragor de sus huellas sobre las cenizas y el llanto de los hombres que añoran lo que han perdido.

UNA ANÉCDOTA SENCILLA

¿Una anécdota?, dice el viejo y se le encienden los ojos. Una anécdota linda es la que me contó un tipo que andaba por acá y se lo pasaba inventando historias que a primera vista eran completamente estúpidas pero que a la larga, a fuerza de repetirlas, y que pasaran de boca en boca –usté vio cómo es eso de que cada uno le agregue algo de su propia cosecha–, como lo hago yo ahora diciéndole, por ejemplo, que el tipo aquel no solo pedía limosna en la estación Coghlan, sino que decía poseer la clave de todos los misterios del universo, flor de mentiroso le adelanto, pero como a lo último el único que se quedaba a escucharlo era yo, y estoy perdiendo un poco la memoria, la clave, lo que se dice el meollo de su historia sobre el principio de los tiempos, la teoría del big bang y toda esa menesunda, se me fue desdibujando por completo.

Hasta el nombre del tipo se me olvidó. Pero que el hombre existió, existió. Tan seguro estoy que, en este mismo momento, capaz que usted, que me acaba de dar flor de limosna, lo tiene delante de los ojos.

FUERZA DE VOLUNTAD

Ella no se amilana, toda la vida ha sido una atleta. Así que, después de ponerse el corpiño deportivo, la remera musculosa, las medias tres cuartos, las zapatillas con realce, el pantalón de frisa, el buzo finito, el buzo grueso, la toalla alrededor del cuello por el asunto de la transpiración, que es tan molesta y trae anginas; después de untarse la cara y el dorso de las manos con pantalla solar 50 –el sol le daña la piel aún en pleno invierno–; después de embadurnarse la boca con bálsamo en barra porque el frío le agrieta los labios; después de hacer sus ejercicios de elongación, no muchos, apenas quince minutos para prevenir esos calambres que le dan a menudo últimamente, se encaja la gorra de lana, el chaleco de polar que la abriga dejándole libertad de movimientos, la campera de nylon que es regia para cortar el chiflete hela-

do en las esquinas; se pone unas monedas en el bolsillo por si tiene que volver en colectivo, unos billetes por si la asaltan, una barra de cereales por si le da hambre, un profiláctico por si la violan, se coloca los anteojos de sol, enciende el mp3, se lo abrocha en la solapa, pasa el cable por el interior de su manga derecha, ubica los auriculares de siliconas, los únicos que tolera, se sube el cierre, levanta la capucha de la campera, toma los dos juegos llaves, el de la puerta principal y el de la entrada de servicio, agarra el celular y al fin sale a dar su consabida vuelta a la manzana.

LA LAURA

Me voy a ir, dijo de pronto, como si el sólo hecho de oírse pronunciar esas palabras fuera a conjurar las pocas ganas. Era temprano para salir a la calle con la valija y el bolso. Ningún colectivo circula a las cinco de la mañana en Carcarañá, que digo, ni siquiera un taxi iba a encontrar hasta las ocho o las nueve, hora en que don Remigio levanta la persiana de su tienda y el lunático de Manuel abre de par en par los postigos de la carbonería y le dice asquerosidades a todas las pibas que pasan. Seguro que ella pensó que mejor era esperar a que amaneciera, aunque tuviese que soportar las amenazas de su madre, y la lenta procesión de súplicas de la abuela. Total, parecía que, hora más hora menos, el partir estaba en su sangre, como las fábulas urdidas por un padre ausente.

"Me voy a ir. Sí señor. No me pienso quedar estancada como ustedes, a esperar la carroza en este pueblo de mierda." Con bronca lo dijo, también con algo de pena, buscando, quizás, que alguien le hiciera alguna promesa o dijera algo que la retuviera. Dicen que, a mí, ni me miró. Era puro enroscarse la punta del pañuelo en el dedo, y espiar el reloj de cuarzo que el tío Rubén le había mandado de Norteamérica. Meta retorcer aquel pañuelo de seda verde loro, como para darse importancia, la Laura. Como una afrenta. Porque a nadie le gustaba ese pañuelo y menos con esa falda roja, tan corta "que se te ve todo", "que te vas a morir de frío", "que parecés una cualquiera". No, la Laura, ni me miró porque capaz que si me mira le digo "mamu", me le prendo de la teta y se queda con nosotros, para siempre…

De la Laura sólo me quedó el pañuelo verde, sobado trapito que todavía acaricio para dormir, y ésta foto tan linda donde ella me tiene en brazos, soplando las 14 velitas de su torta de cumpleaños.

INICIACIÓN

Cuando al fin la dejaron salir por primera vez con un chico, Juana tuvo dolor de panza, nauseas, fiebre. Se sintió de piedra y tan vieja como sólo es capaz de sentirse una nena vestida como de dieciocho pero que acaba de cumplir quince.

Asfixiada por la angustia, se le dio por pensar en sor Juana Inés de la Cruz, en Juana Azurduy, en Juana de Arco, en todas las Juanas mártires enumeradas en el colegio, e imaginó la posible mirada de hielo de la madre superiora si se enteraba de algo. También reflexionó sobre las atrevidas confidencias de su hermana mayor; pensó detenidamente en la forma en que había pronunciado aquella palabra prohibida, los ojos entrecerrados, cruzando sus labios con el índice.

En todo pensó Juana, pero igual, salió.

SAPIENS MATER

Si no les contamos nada cuando somos adolescentes es porque jamás están de acuerdo con nuestra forma de pensar. De todos los argumentos, el favorito es que ellas, a nuestra edad, todavía jugaban a las muñecas. Nunca dicen que también se sintieron atraídas por el aroma de las ligustrinas en flor y que muchas veces, cuando estamos dormidas, tienen ganas de ponerse nuestras minifaldas y salir a ver las estrellas sobre el río. Jamás confiesan que detrás de su bien calculada seriedad está la hembra que supo conquistar a nuestro padre.

Entrenadas para adivinar la menor huella de deseo o el ínfimo roce que un beso pudo dejar sobre nuestra boca, fingen haber perdido la memoria.

Sin embargo, cuando el paso de los años nos estruja la garganta con su pequeño lazo, ansiamos la palabra, el gesto, el momento exacto en que nos ofrecen un bizcochito de grasa, un té con limón, un pañuelo perfumado con lavanda, y les permitimos que disparen toda suerte de admoniciones, y claven cuchillos en la tierra, e inventen brebajes y gualichos que nos devuelvan las ganas de vivir, porque nosotras mismas nos hemos convertido en madres.

CANCIÓN DE CUNA

Una canción de cuna sale del rancho y envuelve con su cadencia inusitada la tarde que se deja estar entre la ropa colgada y el ombú raquítico, bajo cuya sombra se amontonan los perros en busca de fresco.

La canción habla de otros mundos y disuelve el hambre como terrón de azúcar. En ella hay constantes plenilunios, amores de fábula, barcas, redes, peces que se creen pájaros, mares encogidos por bancos de arena, remolinos de sal, almas que no conocen la lujuria ni el vértigo ni el desconsuelo.

La canción tiene ese idioma evanescente que deja el silencio por única respuesta. La voz de la niña susurra un revuelo de adjetivos que, mucho después de que el abuelo se duerme, conserva el aroma lejano de las rías gallegas.

LOVERS

En memoria de Silvina Ocampo

Para no tener que hablar, se lanzaron sobre los dulces a mano llena, a boca llena. La tarde era todo cielo y aire fresco. En ese rincón de la plaza, el invierno parecía haberse olvidado de ellos. Sentados bajo el ombú que expandía sus tentáculos deformes como techo protector, merendaban en silencio.

Extasiado, él miró las manos pequeñas, temblorosas que recogían las últimas nueces dispersas entre los pliegues del papel de confitería, y la mueca infantil de sus labios al chupar la yema de los dedos pringados de crema.

Hubiera querido decirle tantas cosas en esa tarde de domingo que se diluía, minuciosamente, hacia un indefectible atardecer.

Pensó en lo bueno que sería darle de comer en la boca, lamerle los dedos uno a uno y terminar con un beso. Pero no era posible, no era correcto. Esperaría. Quizás cuando estuvieran a solas, a oscuras, el día que ella se decidiera. Porque él era un hombre paciente y respetuoso y ella, una mujer seria.

La espalda apoyada contra el tronco del árbol, la mujer desprendía un trozo de merengue con la punta de la lengua y lo miraba de soslayo. Él se había recostado igual que otras veces sobre la manta peluda y sonreía, ausente, tentador, con su bigote blanco y húmedo, repleto de migas. Verlo así era como sentir una caricia, una deliciosa intimidad escurriéndose desde la comisura de los labios hasta la garganta. Lo amaba, aunque ya no pudiera recordar qué promesas se habían hecho o qué malentendido los había separado cuarenta años atrás.

El único propósito de esos encuentros era atesorar chispas de memoria con la instintiva precaución de no acercarlas al viento. Todo era intuir la mirada del otro, mantener en los ojos una juventud que justificara la perma-

nencia y los redimiera de pecados no cometidos.

Sí. Se amaban aunque nunca lo hubiesen dicho, aunque ya fuese tarde para dar el gran paso, aunque a esa altura de la vida el único pecado posible fuera la gula.

Cuando se terminaron las masas y la sombra voraz de los edificios mordió los restos de aquella tarde, se levantaron torpemente y, tomados de la mano, regresaron a la avenida, a esperar el colectivo.

NADIE COMO ELLA

Está oscuro. Hace frío. Nadie como ella para correr así, sorteando el descalabro de las calles. Avanza protegida por un abanico de bruma en el que un lejano rumor de agua parece encerrar todos los rumores del mundo.

Nada afecta su paso ágil por el terraplén plagado de zarzas y espinillos. Nada la distrae de su misión. Ajena a los extraños resplandores que sacuden el cielo de Alepo, aferra su maletín y corre con la sola idea de llegar a tiempo.

Una vez en las afueras, y después de apartar los escombros con particular cautela, encuentra la vivienda, oculta entre restos de mampostería. Entonces, fingiendo que nada importa, que al otro lado de la calle los misiles y los bombardeos son sólo fuegos de artificio, entra. Aparta las oscuras cobijas e ignora

la mirada suplicante de la mujer que yace en el piso.

Solo ella es capaz de recibir con una sonrisa a la criatura de nácar que se escurre del vientre materno como una gasa cargada de niebla.

Es una niña, dice en secreto, y la pone sobre el pecho descarnado de su madre, simulando que todo va a estar bien.

ESPERANZA

En la feria americana vende su plato térmico con ovejitas, una sonaja de plata, la silla alta, la cuna con mosquitero, las plumas cucharita, el tintero involcable, unas cuantas Billiken, dos Simulcops casi nuevos, su colección de figuritas con brillantina, la muñeca Marilú, un tapado de Harrods con cuello de piel, el Wincofón, un longplay de Billy Caffaro, dos de Paul Anka y uno de Neil Sedaka, ocho tomos de "Tesoros de Junventud", una docena de Corinne Tellado con cubiertas de cuerina verde, la guitarra de Casa Nuñez, cinco peinetas de carey, un miriñaque rosa, varios pares de chatitas, un banderín de River Plate, una diadema de cristal de roca, todos los números de la revista "El hogar", la lámpara que hiciera con una botella de Ye Monks, cajitas de fósforos de varios países, dos manteles de

granité bordados cuando estaba pupila en el colegio de monjas, una pulsera de dijes y la lapicera Tintenkuli.

Solo por las dudas conserva, envuelto en papel de seda azul, el vestido de novia que nunca estrenó.

LA NOVICIA

Ya no había alarma cuando veía girar el pomo de la puerta y, por la rendija entreabierta, un olor a perro mojado precedía la entrada de la superiora. En las sombras de su celda, la novicia, los ojos fijos en una mancha de humedad, veía el arroyo de su infancia, la casita de juncos donde los hombres se escondían para cazar patos, las siestas aturdidas de chicharras y tantas otras cosas que le prohibían recordar… La madre superiora, un puño de arrugas bajo la toca, podía plantarse el tiempo que quisiera a los pies del catre donde la tenían confinada, ella soportaba que le ajustara el cilicio, recibía con calma los latigazos, y no le importaba que el mal aliento de la vieja le soplara al oído: "Es muy poco lo que el Señor te pide para rescatarte de la perdición". Lo que no aguantaba, lo que de verdad la hacía sufrir era lo que venía después:

dejarse acariciar las llagas, besar las cicatrices, y que los dedos temblorosos de la superiora se deleitaran untando con aceites y pomadas los lugares más recónditos de su cuerpo.

KALI

De noche una es capaz de entregarse en cuerpo y alma a sujetos que, a plena luz del día, nos resultarían abyectos.

Yo, por ese extraño sentimiento que me tengo, por desconsideración o desprecio, utilizo las noches para acumular hombres; hombres que aborrezco; hombres a los que conquisto sin reparos, les hago todos los gustos y después, los aparto para siempre. Así es para mí de cómplice esa hora turbia e inacabable que se arrastra entre la luna y el primer sol.

Como las bailarinas javanesas, abarco ese oscuro mundo de machos con una corola de brazos enjoyados. No comercio con mis víctimas, me entrego incansable, despojada de todo amor, al juego de la pasión. Desprecio el enamoramiento por ser la forma más perversa de esclavitud. Vivo en esta vida todas las

vidas porque creo sinceramente que el deseo es el único sentimiento primitivo y verdadero.

Durante el día doy clases de literatura asiática en la universidad de Morón, de noche, regenteo un prostíbulo donde la única meretriz lleva mi nombre. Allí soy mil mujeres. Puedo imaginar situaciones diferentes para que cada hombre se convierta en mil más y esos miles en otros tantos, que pueblen el tranquilo, lento, porfiado devenir de las perversiones que me enseñó mi padre.

NOCHE DE RONDA

Después de orinar en el pequeño retrete, Rogelio se lleva el espejo al patio, lo cuelga de un clavo en la pared de la galería y se afeita. La parra proyecta una perfecta media luz que disimula las ojeras. Sus movimientos son pausados. La navaja es una caricia helada sobre la piel un tanto irregular del mentón, del labio superior y de las mejillas que, laxas, cubren los huesos como una lona vieja.

El día será largo a la espera de la noche interminable de trabajo. Así que se toma el tiempo. Un tiempo que por otra parte no lo perturba. Un tiempo que, para él, cuánto más lento mejor, así la noche no le cae de sorpresa, sino que se le va echando a los pies como un cachorro.

Cerca de mediodía, se ceba el primer mate. Lo saborea quedamente mientras qui-

ta las cochinillas del limonero, quemándolas con la brasa del cigarrillo. Su madre, que todavía lava ropa para afuera, friega que te friega en la pileta y cuelga, orgullosa, las cuatro bateas ungidas con almidón cocido y azul blanqueador.

A eso de las tres, echado en la reposera, se afeita las piernas y protesta entre dientes: "Es de no creer lo que crecen los pelos con esta calor." Después, apoya los pies contra el tapial y, con la imagen de la ropa hamacándose entre las ramas del ceibo, cierra los ojos y piensa en lo terca que es su vieja, que no le dirige la palabra desde que aceptó trabajar en ese boliche de Palermo. Sueña confusamente con que su padre está vivo, el cinturón en alto, y los golpes… Los golpes y los gritos, y el oscuro reservado de la calle Godoy Cruz donde, algunas noches, engancha a cafiolos y reventas de marihuana.

A las ocho, las primeras sombras lo despiertan. Algo entumecido, se incorpora, se vuelve a mirar en el espejo y putea: antes de empezar con las axilas, tendrá que ponerse en la cara esa crema pegajosa que tapa los poros

y lo empareja todo, hasta la sombra de barba que ha crecido durante la siesta.

Cuando el reloj marque las once, se calzará los tacos, la peluca, esconderá la 38 en la cartera, y se dirá de nuevo: "Una noche más y dejo esto para siempre..."

CASAS

Ahora alguien ha abierto ventanas y
celosías, toco bajo la almohada mi lápiz
y mis cuadernos llenos de garabatos como
olas persiguiéndose en un mar infinito…

Juan Marsé
Rabos de lagartija.

CACERÍA

En casa hay muchos cuartos cerrados y cuando se abren, los olores vetustos de la infancia vuelcan su carga de voces incomprensibles y lejanas. A veces subimos al desván solo con el espíritu de explorar. No somos nostálgicos o rebuscados como la mayoría de la gente. Tampoco nos regodeamos con las nimiedades que nos han dado en herencia. Sabemos que los recuerdos son animales que se presentan bajo formas concretas: suelen tener el aspecto de un violín de hojalata, un buque de guerra o una flor disecada. La apariencia varía según la ocasión y depende de lo pacientes que seamos en nuestra cacería. Hay que fingir que uno ha ido en busca de otra cosa, el mapa de Tanzania, por ejemplo, o la vieja cantimplora del abuelo.

Debemos abrir la tapa de los baúles con la punta del pie y espiar en lo profundo con

disimulo porque la pequeña luz que la codicia enciende en nuestros ojos, los ahuyenta de inmediato. Lo más seguro es quedarse quietos, susurrar cantos gregorianos y parpadear mientras la oscuridad se amolda a nuestros ojos. Claro está que, con esta actitud, también podemos atraer la presencia etérea, volátil de pequeñas evocaciones, que son ponzoñosas y se prenden de los tobillos y nos paralizan con el dulce jugo del remordimiento.

Si bien los recuerdos más simples suelen esconderse entre las hojas de un libro o se refugian en el aroma a naftalina que flota en el altillo, los más astutos simulan ser cuellitos de piel, se recuestan mansamente sobre nuestros hombros y controlan sin piedad todos nuestros pensamientos.

Lo cierto es que el fuego embriagador de la cacería nos mantiene al margen de la rutina, los hilos que sostienen nuestra presencia en la tierra ya no se reflejan en los espejos, y los secretos más antiguos regresan a cobijarse en el hueco de la sangre, sin que nadie sospeche jamás que fuimos víctimas de la belleza irresistible de los sueños.

MAULE

Miro alrededor y me tranquilizo. A lo lejos se oye una radio. Y en la calle, voces. Quédate quieta, me digo, y quieta me quedo. Oyendo. No puedo imaginar nada, no quiero imaginar nada. No hay dolor físico. Quizás el susto de descubrir que, aparte de mí, no hay nadie. Y la pena de pensar que entre las sábanas bordadas con patitos de la infancia y el pozo donde me encuentro en este instante, sólo ha habido una vertiginosa sucesión de equívocos. Y también la angustia de confirmar que el tiempo, aquí abajo, adelanta o atrasa respecto del reloj que viene apuntándome con sus agujas, despeñándome sin miramientos hacia la sepultura. Si no, cómo es posible que en unos pocos segundos haya visto desfilar toda mi vida, cuando mi vida, hasta ahora, hasta este tormento, ha tardado en pasar más de sesenta años… Cómo

es posible, me digo, observando las piernas de los que corren, de los que pasan de largo, de los que se quedan, de los que, arrodillados, clavan miradas inquisidoras entre las rendijas. Dios, ayúdame. Cómo es posible que no me vean, que no oigan mis gritos. ¿Acaso no estuve gritando con todas mis fuerzas? ¿Acaso debo renunciar al intento de pedir ayuda? De nada va a servir el enojo, de nada esperar de los otros algo que yo misma no puedo hacer por mí. Algo late, dice una voz de pronto. Es verdad, me siento latir. Quédate quieta, vuelvo a decirme. Presta atención. Oye cómo lates. Tengo que dosificar el poco aire que entra por el ínfimo espacio frente a mis ojos. Lo economizo, lo retengo, lo saboreo. Es terroso, con regusto a cemento, me hace picar la nariz, me raspa la garganta, pero lo disfruto. No quiero toser. No debo toser. Toser no es bueno para mis costillas rotas. No voy a toser. El asunto es respirar de a poquito, aire con arena, aire con sangre, pero respirar. ¿Qué canción tocaba mi madre en el piano cuando, a los siete, la tos convulsa me llenó el pecho de murciélagos? Era un nocturno tan bello y tan triste a la vez… No seas tonta. A qué

ponerte a tararear ahora. No pierdas el tiempo. El tiempo... Qué cuernos es el tiempo, si cuando uno necesita que pase rápido es capaz de arrastrarse como una inmunda babosa, de quedarse en cada hueco, en cada musgo, en cada piedra, pero cuando uno quiere detenerlo en un beso, una caricia, un te quiero, huye por la urgente puerta trasera de los ladrones. ¿Duele? Si no respiro hondo, el dolor será tolerable… Debo quedarme quieta. Pensar en otra cosa. Imagino que pensando en otra cosa, mitigaré el sufrimiento. Aguanta. Cómo vas a perderte las caras amadas de tus nietos, el brote de geranio que plantaste ayer; cómo vas a abandonar las caricias, con lo que te gustan las caricias… Quieta. A pesar de los escombros, tan cerca. A pesar del terror, quieta, mientras, afuera, voces, ajetreos, sirenas y topadoras se alejan. No desperdicies tus fuerzas, quieta. Quieta y oyendo. Que ya volverán las palas mecánicas y mañana, quizás, te encuentren.

JARDÍN INGLÉS

En la fotografía hay un jardín que duerme bajo la bruma. Ese jardín inglés está lejos de este otro que veo a diario y me recuerda los juegos a los que solíamos jugar. Cómo te extraño, amor mío y, por más que me envíes imágenes, no logro oír el agua que corre bajo los puentes, ni veo las piedras en tu camino. Estoy segura de que hay un sonido de guijarros que me pierdo. ¿Te acordás de los caracoles de Pinamar? Es como una dentellada tu rostro de invierno que irrumpe acá, donde es verano y brilla el sol.

Estás lejos. Sólo es tu voz la que me llega del otro lado del océano, hay un sonido manso en ese "hola", un entremezclarse de aromas fragantes. Te extraño tanto… No me digas más "ya voy a ir". La casa entera se pone de fiesta con la sonrisa que te adivino, dorada,

en medio de edificios grises. Y la música de fondo resuena lenta y nostálgica, capturando todos los secretos. Imagino el pequeño jardín que también tenés allá y eso me resguarda de la ira de saberte fuera.

Hay en la foto de la casa, en ese rincón imaginario una luz extraña que me hace bien. Y cuando paso la mano por el papel es como si mis dedos florecieran, es como si te echaras a correr con la boca llena de chocolate, es como si de pronto volvieras a mi regazo.

LA LLAVE

Aquí adentro paso inadvertida. Cuando se cansen de buscarme, de andar gritando ¡señora!, ¡señora! por los pasillos, saldré y volveré a ser la nena de trenzas, la nena buena de antes. Me bastará hacerme chiquita, recordar atentamente las lecciones acerca de la familia, la buena educación, las virtudes del silencio y, sobre todo, omitir las visitas del tío Alberto que, en realidad, no era mi tío, sino un amigo de mamá.

Si me concentro, puedo olvidar las cosas que pasaron en esta casa: la musiquita viscosa de las bisagras colándose por debajo de mi uniforme, el leve temblor de piernas, la vergüenza, los horribles pensamientos atrapados entre la madera de la puerta, el ruido de la llave girando en la cerradura y los ojos absortos de mamá el día que nos descubrió.

Cada vez que pienso en el gran ropero de la habitación de huéspedes siento el calor de una mano equivocada.

"¡Punto y coma, el que no se escondió, se embroma!"

Era costumbre que todos los primos corriéramos a guarecernos dentro de los armarios o donde fuera que cupiésemos, en un revuelo de risas y nervios. El premio que nos daba el tío Alberto era un paquete de caramelos de anís. A mí nunca me gustó el anís pero puesto así, como un trofeo inalcanzable, después de haber andado en puntas de pie, con el corazón partiéndome las costillas, me sabía a gloria. Y mientras en el office, donde los chicos tomábamos el té, crecía el inocente olor a tostadas, a dulce de naranjas, a mantel recién planchado, yo tenía que soportar al tío Alberto que, más pálido que la misma muerte, trataba de explicarme que era solo un juego eso de encerrarse conmigo en el ropero.

AQUELARRE

Hace calor.

La abuela se mece en el sillón hamaca de la veranda. De la rama seca de su cuerpo emana una especie de energía misteriosa que siempre me ha inquietado.

También está mi madre, fumando uno de esos cigarrillos negros que apestan. Tiene la vista fija en el humo azulino que sale de sus labios, y forma aros en el radiante cielo de enero. Y la tía Cleta, inmóvil, que colma el aire de sobreentendidos, y hace señas.

–Rascame la espalda –dice mi madre, y yo, que no quisiera rozarla ni con la mirada, tengo que apoyar las manos sobre su piel caliente, húmeda.

Cae la tarde.

El silencio se instala como una visita indeseable. En la calle, la luz resplandeciente

del sol sigue quemando el asfalto. A lo lejos, solo se oyen bocinas y risas, y en mis oídos, el crujir del sillón de la abuela, con su música que adormece.

Los ojos afilados de la tía Cleta van, implacables, de la abuela a mi madre. ¿Qué están tramando?

De pronto, la abuela, con irresistible ternura, me pide que vaya a comprar el diario. No me atrevo a moverme, pero mi madre gira la cabeza.

–No oíste –me dice, y enciende otro cigarrillo.

En mi garganta se instala la duda. En mi corazón, otra vuelta de mancuerda, pero obedezco y salgo corriendo.

Sé que para cuando regrese, ya habrán nombrado todo lo innombrable.

LA SOGA

Y quedaste sola. La mirada perdida en un cielo que el otoño había desteñido justo esa mañana. La taza en una mano, el diario en la otra, mirando el árbol que plantaste cuando nació tu primera hija.

La fuerza de la costumbre te hizo sostener la puerta entreabierta, igual que todas las veces que él se iba de viaje por trabajo, nada más que esta vez era para siempre. Lo saludaste con un gesto amplio de la mano cuando subió al coche, y el sobresalto, el espanto en las entrañas, vino cuando oíste el chirrido de los neumáticos retomando la avenida.

Lo tenía premeditado. Nadie es tan impulsivo como para abandonar su casa de toda la vida porque sí, porque le hayas dicho "estoy cansada". No. Él lo había calculado, sopesado, imaginado, y vos, ahí, de pie como

una idiota, con una puntada hilvanándote el pecho y toda la sangre que se te iba vaya a saberse a dónde, ya que tu cara quedó más pálida que nunca, lo viste trasponer el umbral sin encontrar la palabra justa o la caricia adecuada para retenerlo.

Aferrada al picaporte descubierto un domingo soleado en la feria de San Telmo, viste pasar treinta y pico de años de esperas y reencuentros, que terminaban así, de golpe, llevándose lo mucho o lo poco que habían construido, sin poder hacer nada para remediarlo. A lo mejor nos hace bien, te dijiste, a lo mejor un tiempito es bueno, pero una idea negra trepó a tu cabeza y comenzó a sembrar un zafarrancho de dudas. A lo mejor, no es mejor, a lo mejor hay otra... Y en seguida pensaste en la cama vacía, en las semanas acumulándose, en la imposibilidad de conseguir trabajo. ¿Quién consigue trabajo después de los cincuenta? Mejor morirse. Y la casa…, la casa divina, construida a fuerza de privaciones, donde cada rincón tiene una historia. ¿Cómo vas a hacer para seguir viviendo con el eco de los cuartos vacíos? Vendrá la tristeza

y, lentamente, la locura. Mirás de nuevo tu árbol, ahí, mitad herrumbre, mitad verdín, destacándose como nunca entre los grises de la cuadra. Y la idea vuelve. Decidite, es ahora o nunca. O salís ya mismo, descalza y en piyama, a caminar sobre las hojas muertas de la calle sin que te importe la lluvia, el frío, o el qué dirán; o seguís el surco impuesto por la rutina: ducharte, vestirte, lavar la ropa, lustrar los muebles. Mejor salí de una vez. Más allá de la casa, del árbol, de la memoria, tiene que haber algún pequeño lujo decrépito que reflotar. Pensá en la rayuela: primero la piedra, cuadro por cuadro, con un pie, después con los dos, así, hasta llegar al cielo...

¿Hace un rato, cuando él traspuso esa puerta, y vos, con un ademán habitual, te miraste en el espejo programando la noche, no te diste cuenta de que ya era tarde? No, claro que no. En la interminable hondura de sus aguas, al sur de la mirada, sólo viste la llanura de tu vientre, esa cuna donde todavía duermen sueños inconfesables. Y quisiste creer que era una broma, hasta te dio por entonar "La puerta se cerró detrás de ti..." Pero no

era broma ni bolero. Partía definitivamente, a tomar distancia, a airear una relación insostenible, a descomprimir "esa presión interna que no me deja pensar..."

De tan estupefacta, ni siquiera una lágrima salió al rescate de la angustia. Te limitaste a verlo pasar con la valija y el bolso, como quien ve pasar su última moneda hacia la irremediable alcantarilla. Entonces, de nuevo tus ojos al árbol y la idea de ir a comprar la soga.

ALFARERAS

Sé que obstinarme en conservar tu memoria es como contemplar el cielo lúgubre que hoy oculta los techos del pueblo y luego descubrir que detrás de la niebla sólo hay pobres decorados de cartón, gestos vagos, falsas emociones.

Recuerdo que una vez te hablé de rezar… Rezar es fácil, dijiste, lo difícil es encontrar a quien rezarle. Y yo, incauta, buscando en tus ojos los reflejos tiernos de la parra, la inevitable caída del sol en la trampa del horizonte o los fuegos de artificio del último verano, solo encontré un cúmulo de tristeza.

La greda helada en tus manos era para mí un futuro inaceptable. Soy una mujer libre, te dije una vez con la firme convicción de alejarme para siempre. Y vos, hipnotizada delante del torno seguiste moldeando un cuenco re-

pleto de quimeras, como quien graba en un libro invisible páginas y páginas de mentiras.

Ni siquiera sé si me cabe el imperioso "Yo te bautizo" que pronunciaste al parirme. ¿En el nombre de quién pretendías bautizarme? ¿Cuáles fueron las palabras exactas que empleaste mientras dejabas caer agua turbia sobre mi mollera? ¿Yo te bautizo con el aire frío que pasa bajo la puerta, con el grito quebrado de los caranchos o con el viscoso humor del último coito?

Lo que son las cosas mamá… Nunca pronunciaste mi nombre, sin embargo, qué premonitoria justeza la tuya al llamarme "hija", ya que es un lazo, una jaula, un pretal que me mantiene aquí, firme, en el taller, viendo cómo mis manos y las de tu nieta, agua y arcilla, siguen cerrando el ficticio círculo de tus sueños.

IMPALPABLE

Ella se levanta antes que nadie. Se mueve veloz dentro de la bata de frisa, los ojos aún dormidos sobre los cacharros que la rodean y es como si en su vida no existiera otra cosa que esos cuarenta minutos que van del desayuno a la despedida en la puerta de calle y que contienen el arrepentimiento de las palabras no dichas y la promesa de las que nunca se dirán.

Todas las mañanas saca las tostadas del fuego, las unta con manteca y mermelada para cada uno de los niños y responde con una leve sonrisa a las preguntas de su esposo. "Sí, querido, por supuesto que llevaré tu traje azul a la tintorería", cuando en realidad, quisiera decir "El otro día me miraron de una manera maravillosa, y me dijeron un piropo que me hizo sentir como si yo fuera…", en

cambio sirve otra taza de café y deja que el humo lleno de ese aroma pertinaz la haga invisible a los ojos de su familia. Ellos charlan, comen, y beben apurados sin siquiera notar su presencia. Voces y risas le llegan como olas lejanas e impetuosas. Ya no le importa el dolor de espalda ni las palabras agazapadas en la garganta porque tiene un dulce secreto.

Ella dice "sí, querido, le digo al tintorero lo de la mancha en tu solapa", aunque por dentro hay un "no sé qué voy a hacer o qué voy a responder si el hombre repite que estoy muy linda con mi vestido de lana celeste…"

La sangre le sube a las mejillas encendiendo un mapa de venas que florecen a medida que recuerda aquella voz susurrando halagos mientras ella barría la vereda. Y sonríe cuando besa a los niños. "Lleven sus camperas, que hace frío, no se olviden la vianda con el almuerzo" y, al alcanzarle el sobretodo a su marido, agrega "abrigate vos también", y quisiera colgarse de su cuello y contarle que hace días que no duerme, hablarle de sus miedos, que son tantos ahora, con la novedad del desconocido que pasa y le dice cosas… Pero él le

ha dado tercamente la espalda para que ella lo ayude a ponerse el sobretodo y mientras da saltitos para terminar de calzarle los hombros y pone la mejilla para recibir su beso de despedida, oye el refrito "no hace falta que me esperes levantada, tengo una reunión de trabajo."

Entonces, cuando todo termina, cuando se cierra la puerta de calle y se apaga el resplandor de la familia, la mujer lava las tazas, acomoda cada utensilio en su lugar, barre y trapea hasta que la casa queda reluciente, y sube a ponerse el vestido de lana celeste. Luego se peina, se perfuma, se pinta los labios, y baja a sentarse en el frío silencio del porche, con la íntima esperanza de que el extraño tenga la bondad de pasar nuevamente.

LA MOSCA

Lo que nunca, había llegado temprano y leía el diario en la cocina. No era el momento de hablarle. Tan poco paciente él, tan metido en sus preocupaciones, en sus negocios incomprensibles, que no toleraba ningún ruido, menos el molesto run run del lavarropas interrumpiendo sus pocos instantes en familia. Una familia ahora diezmada por el éxodo de los tres hijos varones a la capital, en busca de trabajo. La mujer y las dos hijas adolescentes, que pasaban las horas delante del televisor, completaban lo que podría llamarse el cuadro familiar. Por eso, apenas él le echó una mirada oblicua a la máquina de lavar, ella corrió a apagarla y, después de poner un pedazo de carne en el horno, pensó que iba a ser difícil sacar el tema del calefón. Pero era urgente hablar antes de que él se largara de nuevo a las rutas, a vender los productos de la fábrica de envases que representaba.

De manera que a las ocho de la noche ella y él, mudos, sentados en la cocina de la casita de la calle Los Talas, mientras las "chicas" en el sofá del living, meta Rolando Rivas y pin-

tarse las uñas de bordó. Cada uno en lo suyo, y todos sumidos en el sugestivo aroma de la carne al horno con papas.

Cuando la carne estuvo lista, una mosca verde, gorda, aterrizó en el borde de la lámpara, encima de la mesa. Los cuatro comieron en silencio, sin quitarle los ojos de encima. Era raro ver una mosca de esas en pleno invierno.

–De dónde habrá salido –dijo el hombre.

–¿Quién? –preguntó la mujer.

–La mosca.

–Qué sé yo… Se rompió el calefón.

–¿Sacaste la basura?

–Sí, la saqué. El calefón no anda más.

–Alguna podredumbre habrá quedado en el fondo del tacho, Mirta, fijate bien.

–El tacho está impecable. Tuvimos que bañarnos calentando agua en la palangana.

–Desde hoy que hay olor a podrido, revisá bien, Mirta, para mí que viene del tacho.

–¿Me escuchaste, Néstor?

–Sí, sí. El calefón. ¿Por qué no llamaste al técnico?

–Le debemos 200 pesos.

–¿Y lo que te dejé el mes pasado?

–Se acabó, estoy comprando de fiado.

–¿Seguro que lavaste bien el tacho, Mirta? No soporto el olor podrido…

–Hay un perro muerto en la esquina –saltó una de las chicas.

–Lo envenenaron –dijo la otra.

–Ladraba todo el día –dijeron a coro.

–¡Barrio de mierda! –dijo el padre.

Y la mosca meta zumbar por encima de ellos.

–La mosca es el alma del perro, sugirió la menor.

–Dejá de hablar pavadas, nena, los perros no tienen alma –protestó el padre, y terminaron de comer sin volver a dirigirse la palabra.

La mosca dio unas vueltas, y cuando terminó posándose sobre la cabeza de la mujer, el padre, sin siquiera levantarse de la silla, la derribó de un certero latigazo con el repasador.

Entonces, las chicas muertas de risa, de vuelta al televisor; el padre, mejor me voy a

dormir que mañana salgo temprano; la mujer, a tragarse las lágrimas y a lavar los platos con agua fría.

CON UN AMOR ESPECIAL

Nadie sabía mejor que ella lo que era la prolijidad. Su madre le había enseñado que una casa limpia, aunque pobre, predispone bien al hombre cuando llega del trabajo.

Por eso, aunque Lucy hubiera querido remolonear un rato más, se levantaba muy temprano, le llevaba el mate a su marido, y salía a baldear la vereda. Con detergente y lavandina borraba las huellas que la noche, los perros y los atorrantes del barrio, habían dejado sobre las lajas. Con una pincita emprolijaba el cantero de cactus, donde el viento solía amontonar toda clase de porquerías.

También frotaba enérgicamente los dos escalones de la entrada, le pasaba el plumero a las rejas, a las ventanas y al portón de hierro. Sacudía el felpudo contra el tronco del único árbol, un plátano que perdía las hojas casi

todo el año, y hacía un montoncito con los desperdicios, para prenderles fuego con unas gotas de kerosene, un fuego que enseguida apagaría con la manguera, no fuera cosa que, a la noche, el marido se enojara, porque el humo dejaba olor a rancho.

Recién después de que él se iba al cuartel, con el uniforme bien planchado, ella le dedicaba al menos una hora al pequeño baño y, por si había quedado algún pelo inadvertido, algún tizne inoportuno, –dos cosas que su marido tampoco toleraba– concluía la tarea, de rodillas, pasándole la aspiradora a la bañera y al lavatorio.

Por último, Lucy tendía la cama. Revoleaba las sábanas bien alto, para que se ventilaran y con amor, eso sí, con un amor especial, sacudía las almohadas. Las amasaba, las golpeaba, las acariciaba un largo rato, dejándolas esponjadas y lisas como le gustaban a él. Para terminar, las depositaba suavemente sobre el acolchado, ése que solía resbalarse cuando él le recordaba que era viernes y que había que hacer el amor: ella debajo y él por encima, como corresponde.

La mañana en que iba a venir el colchonero, Lucy se levantó más temprano que nunca y puso las mejores sábanas, –bien almidonadas, sin una arruguita– para que el hombre viera lo que es una casa decente. Ni un pozo tenía el colchón después de veinte años. Solamente ése pequeño desgarro en el cotín, a la izquierda, como quien diría a la altura del tórax, del lado donde dormía su marido. Una verdadera lástima, pensó Lucy, que en un colchón casi nuevo, el cuchillo siguiera de largo.

EL ÚLTIMO ESPEJO

Ni cuando Juana empezó a romper todos los espejos, su madre cambió de parecer. Porque, para ella, lo que tenía Juana no era una cicatriz. No. Era una marca. Una señal que el destino le había regalado y que, con el tiempo, nadie notaría.

Mientras fue niña, Juana no tomó conciencia de aquel defecto. Se complacía pasando la yema del dedo por aquellos bordes tirantes y rojizos que le cruzaban la mejilla de lado a lado, semejando un grotesco repulgue. A los ojos de los demás, era la única nota de color en la blancura de su rostro, lo único que parecía estar vivo sobre sus facciones dormidas.

Juana no salía a la calle a jugar con los otros niños, se lo pasaba en la cocina, cortando hormigas en pedacitos o esparciendo

sal sobre las babosas del patio. Por otro lado, no parecía necesitar a nadie, su marca era tan particular y privada que se conformaba con lo que su madre le decía, creyéndose dueña de un verdadero tesoro. Y, por las noches, en la cama, la masajeaba con deleite hasta que se dormía.

Conforme el tiempo fue pasando la marca creció, se volvió una especie de boca obscena, de labios secos y calientes, que solían estirarse, dolorosos, en una sonrisa desencajada, absurda, pero sonrisa al fin. El rostro de Juana era como un grotesco retrato de Picasso superpuesto a un angelito de Rubens.

Juana también creció, sumisa, bajo la estricta tutela de su madre que la vigilaba de cerca. Ni un miserable resfrío, ni la más mínima mueca de dolor pasaban inadvertidos para ella. Sacar adelante a Juana era la única razón de su existencia. Por eso jamás bajó los brazos, ni le dio importancia a aquella deformidad ni prestó atención a lo que decían las malas lenguas.

Pero –siempre hay algún pero–, un buen día Juana se aventuró y subió al desván –lu-

gar prohibido de la casa–, y encontró un trozo de espejo que su madre había escondido junto al retrato de aquel hombre, el de la cara marcada, el asesino del que tanto hablaba la gente en el pueblo.

Ahora dicen que en la casa de Juana ya no queda ni un fragmento de espejo porque, el último, se lo llevó su madre clavadito en el pecho.

LA VISITA

Apenas comienza el otoño, se la ve llegar en su vieja Zanella, barrenando charcos por el camino Negro. De manera que cuando su madre abre la puerta, intuye que hace meses que se viene bañando en los grifos municipales, y recorre las calles con sus panfletos, y acopla su cuerpo al de cualquiera y fuma esos cigarrillos gordos que apestan. A su infantil pregunta "¿te quedás a comer?", pronunciada casi con temor, se antepone la imagen de los labios crispados de Julia, frenando todo intento de conversación.

Quizás con la remota idea de que hay un NO agazapado en la garganta de su hija desde el día en que nació, entrega el sobre con sus ahorros y calla. Quisiera gritar de impotencia frente al "Dale, vieja, no empecés a llorar". Quisiera ablandar sus ojos claros, que ahora

tienen pupilas inmensas, y miran indiferentes, como por encima de los suyos, más allá del dintel de la puerta, donde la virgen de Luján recibe los últimos rayos del sol.

El padre espera en la cocina. El silencio se escurre entre ellas como un perro callejero en busca de calor. Antes de que se atropellen ideas nefastas, antes de que los meandros de la imaginación tracen un mapa imposible y Julia se dirija de nuevo a la moto, para irse hasta la próxima visita; por no quedarse sola con su angustia, la madre susurra: "Tu padre quiere saber si sos feliz."

Entonces, quizás por el trémulo tintineo de las llaves que su madre sostiene en la punta de los dedos y que le recuerda el sonido de los cascabeles del traje de duende con el que la habían vestido para los carnavales del 65, en Villa Martelli; quizás porque una torcaza encandilada entra volando en la oscuridad del zaguán y se estampa contra el vidrio de la puerta cancel; o sólo porque intuye que su padre quiere oír otra mentira, dice: "Avisale al viejo que en cualquier momento despego." "Contale que tengo una serie de proyectos

que los va a sacar de la miseria." Dice cualquier cosa con tal de espantarse la pegajosa tristeza que se le instala después de cada visita.

La madre sonríe, se lamenta de que la calle todavía no esté asfaltada, se disculpa porque, cuando llueve, es imposible llegar a su casa sin ensuciarse, e insiste: "¿De veras, hijita, que no querés compartir con nosotros unos mates y el pan de miel que acabo de hornear?"

El pecho le late a destiempo, sus manos enrojecidas quisieran atreverse al abrazo, pero lo único que hace es repetir, como en sueños: "Quedate, por favor, Julita, quedate…", mientras el rugir de la Zanella, que ya es historia, se va perdiendo entre las casuarinas de la ruta.

PANORAMA BAJO EL PUENTE

Nada, y digo nada con el énfasis que merece, me hará entregar el alma sin haber vuelto, aunque sea por un instante, a mi antigua vida. Nada ni nadie podrá convencerme de que el olvido tiene sus ventajas. Ni siquiera la insidiosa voz que me taladra la cabeza con ideas negras. ¿Acaso es bueno enterarse de que lo perdido jamás se recupera?

Yo, pongamos por caso, desde que tengo uso de razón he soñado con viajar al puerto lejano que me vio partir, hasta me he podido imaginar simple barquito de papel surcando el agua de las alcantarillas, pero nunca, lo que se dice nunca, soñé un destino como el de ahora, viviendo bajo un puente, hecha un despojo entre cobijas de cartón.

Y mi voz interior es de revolver en los meandros de la conciencia, le gusta desafiar el tiempo y mostrar el revés cenagoso de las cosas. Y criticar. Todo lo critica. Hasta lo que escribo en mi cuaderno, critica. Porque yo, modestamente, escribo. Ella dice: en tu cabeza escribís, tarada… Puras macanas escribís.

¿Qué le importa lo que escribo? Me odia. Estoy segura de que me odia. Basta con fijarse en las palabras que emplea para hablar de mí. Trabalenguas que horadan, hieren, derriban, tartamudean con agria persistencia, pero nunca evitan que el cielo siempre azul de mi infancia, tan azul que aturde, que quema los ojos hasta dejar una deliciosa ceguera, se deje opacar por el gris, un gris más gris que todos los grises, un gris sugerido como verdadero por estas nubes negras.

A veces, lo confieso, prefiero cerrar los ojos. Entonces, extiendo mis manos y, tanteando como tantean los que no ven, describo círculos en el aire y dibujo paisajes, como lo hacía aquel poeta privado de la vista. Así, únicamente así, recupero mi antigua vida de campos abiertos, sol, cigarras, tinteros de

porcelana, plumas cucharita, papel secante, lápices de colores, goma de borrar, y siestas cayendo sobre mi mundo con olor a compota de manzanas. Solo así veo los tomates del abuelo, cigarrillos negros el abuelo, cigarrillos rubios mi padre, enlazando la cintura de mamá, sopa de berros, caramelos de orozuz, y el salvajismo del primer amor, del primer beso, y mis manos, pequeñas y blancas, sin mugre, sin este espantoso temblequeo, acariciando, acariciando, acariciando.

En mi antigua vida nunca llueve, y si llueve es apenas una llovizna, un rocío tierno que calma el insomnio, humedad que aceita los juegos, bruma que invita a hacer confidencias. Nunca es una lluvia pegajosa, de pesadilla, de oscuros entuertos, como la de hoy.

EL ENCANTO DE LA SIESTA

Desde la primera tarde en que le cerraron amablemente la puerta en la nariz y la mandaron a su cuarto, Glenda comprendió que estaba de más. Tenía seis años y le era insoportable esa costumbre de los grandes de desaparecer por unas horas con el pretexto de dormir la siesta. Se preguntaba por qué una cosa tan venerada por ellos nunca la incluía. Y quién sabe cuántas miserias ocultas imaginó en el temblo-roso revoltijo de los veranos en Córdoba, hasta que encontró el lugar perfecto para paliar el encierro, el aburrido y silencioso encierro impuesto mientras, afuera, el sol reinaba glorioso, con sus pájaros, en el jardín.

Disimulado en la boiserie, debajo de las escaleras, había un pequeño desván. Allí se amontonaban correajes, canastos, botas para montar, y había un profundo olor a cuero,

a pelusas, a maderas y a Gamexane. En esa covacha la siesta en la casona de los abuelos perdía su aspecto amenazante. A horcajadas sobre una vieja montura cabalgaba por valles ilusorios y, mordiéndose los pellejos del costado de las uñas, esperaba a que el reloj de péndulo llenara el hall con sus monstruosas campanadas. Allí no llegaban los murmullos que crecían en oleadas en su cabeza como enjambre de abejas ni el olor a naftalina de los espesos cortinados de cretona. Era el único lugar donde ella se sentía a salvo de los grandes, que la consideraban rara. "Uraña", decía la abuela con una sonrisa tan linda que daba gusto ver salir de su boca esa palabra misteriosa. En la oscuridad, Glenda se tapaba los oídos y se dedicaba a soñar, a imaginar que se asfixiaba de a poco y que sus padres, las tías y los abuelos, allá arriba, la dejaban morir tranquila en su escondite. A veces esa idea era tan real que se le escapaban algunas lágrimas. Así aguardaba la hora en que bajaban uno detrás de otro, con expresión de abandono, de triste y vergonzoso abandono, mintiéndose sobre lo bien que habían dormido. Espiaba a través de una rendija sus caras de culpa, de soberbia

o de vergüenza, según lo que verdaderamente hubiese sucedido entre las cuatro paredes de las habitaciones. Trataba de entrever en esos ojos trasnochados el cúmulo de falsedad que la rodeaba. Pero ellos, apenas emergían de sus lechos, enseguida empezaban a impartir órdenes, directivas que habían quedado suspendidas en los pliegues de las sábanas, en los cuchicheos, en los gemidos, y la tristeza de saberse hija única, nieta única, se le imponía nuevamente.

La más hábil en el arte del disimulo era su madre que, en plena mesa del té, extendiendo sus largos dedos pálidos como en una pose de ballet, era capaz de dirigirse a su marido con un: "Dear, alcánzame la crema", aunque él la hubiese hecho llorar durante toda la siesta. Su hermana, la tía Rosalind, no le iba en zaga. Tenía el tupé de ruborizarse hasta para decirle: "Glenda, love, siéntate derecha", aunque unos minutos antes se hubiese estado revolcando en el altillo con su cuñado, el padre de la niña.

Pero para Glenda mamá era mamá, papá era papá y los abuelos, intocables en el pe-

destal donde ellos mismo se habían colocado. Entonces les seguía el juego sin saber lo poco que contaba en la vida de esos adultos. Decía *sorry, aunt* y, con los ojos bien abiertos, viajaba hasta la fuente de scons, dibujando ciudades encantadas en las puntillas del mantel. Tenedor en mano, recorría los oscuros suburbios de tazas y platos, observaba los arcos reflejados por el cristal de la dulcera, las delicadas torres en la blancura del azúcar, los diminutos personajes que corrían por la mesa, alegres y bulliciosos como en los libros de cuentos, y que siempre tenían un perro bueno para lamer las rodillas lastimadas de los niños. Contemplando aquello le parecía flotar en el aire, como si todo estuviera en orden, aunque en su pecho se agitara algo sofocante y profundo.

Su manera preferida de pasar el tiempo era idear las cosas lindas que haría en esa casa cuando creciera, cuando tuviese marido o cuando supiera cuántas cucharaditas de Gamexane en el té serían precisas para acceder al secreto encanto de dormir una larga siesta.

CADA UNO EN SU LUGAR

Sabes poco. Y es mejor. Ellos allá, en su casa, y vos acá. Cada uno donde debe estar porque al fin y al cabo vos no te metés con nadie. Ellos que digan lo que quieran, que sos muy dueño de pasearte por su vereda y recostarte en el borde del cantero. ¿Qué necesidad tienen de salir a gritar groserías o echarte a empujones, con el frío que hace? Después de todo, la calle es de todos…

Vos tenés la paciencia de esperar en la esquina a que llegue la noche, cuando bajan las persianas y se encierran en su mole de ladrillos. Entonces vas tranquilo hasta el tacho de basura, elegís las cosas ricas que ellos ni siquiera tocaron y después, con la panza bien llena, te echás a dormir delante de la puerta, sobre el gran felpudo que dice "welcome" y, la verdad, te sentís como de la familia.

LA CENA

Siempre es invierno en el
agua de las esferas de cristal.
Philippe Delerm

A cierta edad, digamos más allá de los cincuenta, cuando vamos de visita a lo de esos amigos que hemos dejado de ver por mucho tiempo, nos gusta pensar que reavivamos un fuego extinguido y hasta creemos que estamos haciendo una obra de bien.

Emprendemos la ruta, diez kilómetros apenas, con nuestra botella de Malbec envuelta en papel de seda y con la recóndita esperanza de que el vino reanude lo que se ha cortado. Es más, ni siquiera recordamos por qué se ha cortado la relación. Pero después de reconocer la calle, y ese chalet lleno de historias y anécdotas de nuestra juventud; después de oler el aroma de las hojas quemadas y ver el pequeño jardín repleto de enanos de cemento; después de los saludos, los cuentos reiterados, los chistes sin sentido; mucho des-

pués, cuando tratamos de digerir la sopa de repollo, la carme demasiado seca, la ensalada marchita y el café lavado, sobreviene el hastío y el incontenible bostezo, un bostezo hecho de todo el cansancio, de todo el aburrimiento del mundo, y por más que le busquemos el lado bueno a la cosa, nos damos cuenta de que hubiera sido mejor quedarnos en casa.

OTROS MUNDOS

Todos tenían algo, lo sé, que los hacía de algún modo superiores a mí, sublimes, y que hacía de mí, por comparación, un mediocre.

Italo Calvino
Cosmicómicas

HIPNÓTICA

Aparecía en silencio, con sus hilos de luz incendiados de oscuros reflejos. Era de la misma carne, de la misma esencia grave que Dios le otorga a los hombres, pero no exactamente como ellos. Lo más notable: sus manos de agua dulce, dos apéndices capaces de ceñir en pleno vuelo los aromas, los colores, la armonía de los vientos. Sus dedos de hierba fresca se apoyaban en el aire, como si quisieran prolongar en nuestro inconsciente el antiguo sabor de la leche materna.

De tanto en tanto, enredada en musgos y mordiendo nubes, regresaba a colgar de nuestros párpados babas del diablo que traía de lejos. Su lengua solía liberar pequeños alacranes y murciélagos que luego, en la profunda oscuridad de las habitaciones, se convertían

en hadas celestes, en duendes malignos, cuyas voces semejaban el canto de los zorzales.

Sus pasos no dejaban rastros. Eran arena al antojo de los vientos. Nunca supimos con qué nombre llamarla, digo llamarla porque su astucia sugería lo femenino. Sólo sé que durante el verano, cuando el mar era un cielo abierto a la aventura y las noches se nos figuraban eternas, bastaba arrodillarse sobre la cama susurrando incoherencias para que se asomara por el marco de la puerta, a hacernos emprender el delirante camino de los sueños.

LA BOCA DEL DIABLO

¿Han probado alguna vez de meterse en la boca del diablo y dejarse resbalar por su lengua de dátil? Los apóstatas que le infligen una naturaleza procaz a la llamada "bestia" no han experimentado el suave placer de ir por el declive escarlata donde confluyen el agua, el jazmín, la piel, la vibración, el alma. Allí se mezclan gradualmente dolor y sensualidad.

Llena de estímulos desconocidos, esa lengua es nube y viento; es cumbre y ceniza y, más allá de la magna curva de la campanilla, un templo celestial. Dos elefantes de espuma custodian la entrada del nido donde, según dicen, habita el Vellón, un pequeño ser que tiene la particularidad de absorber todos los lamentos del mundo. Ciertos manuscritos asirios lo describen como una mancha movediza; otros, más modernos, como un felpudo

de grasa. De cualquier modo ambos coinciden en que es una malformación de las papilas y que, cada mil años, es despedida en forma de lluvia.

He recorrido infinidad de veces los negros confines de esa garganta sin haberme perdido, y debo confesar que aún no he logrado descubrir al supuesto ente maravilloso que la habita. Sé que es absurdo ansiar su mágica presencia. Pero, por sórdido que parezca, aunque después el diablo escupa análoga cantidad de ira sobre el universo y salgan de sus fauces las peores pesadillas, y me arroje al vacío como un gato arroja una bola de pelos, seguiré buscando el sitio donde depositar mi tristeza.

LA ESCALERA CARACOL

El primer escalón tiene cierta cualidad misteriosa. Lo importante es dar el paso adecuado. El segundo se ve menos propicio aunque, mirándolo bien, es igual al anterior. El tercero parece frágil pero resiste. Todo es cuestión de no pensar demasiado. Con el cuarto hay que tener un poco de cuidado, el moho es como una pátina que se acumula bajo los pies. Al llegar al quinto, verás un pasamano. Aférrate, no lo sueltes, el recodo es angosto, pero cuando alcances altura será fácil guiarte de memoria en cada giro. El tambaleante grosor de los siguientes peldaños te hará suponer que las piedras son inestables. No te detengas. Sigue subiendo. Cuando uno está decidido no es buena idea quedarse extasiado a mitad de camino. Pisar el anteúltimo es todo un logro. Si el aire se enrarece y oprime tu corazón hasta la taquicardia, no mi-

res atrás. Si te das prisa pasarás el octavo y el noveno sin siquiera darte cuenta. ¿Ya intuyes el sutil aroma de la libertad? Bien. Mantén el impulso que te ha traído hasta aquí. En el duodécimo deberás mantener el equilibrio, ya no hay pasamano, sólo rebordes, aristas y una maraña infranqueable de rejas, cerrojos, grilletes, telarañas: ábrete paso, sigue avanzando. ¿Ya ves cómo se filtra la cínica luz del poniente? No temas. En la cima, en el último recinto, te espera lo mejor. Quizás sea duro soportar el olor a excrementos, el crujir de las vigas, el batir de alas de los murciélagos, pero es mejor que oír el imperceptible silbido de tu conciencia, esa aguja de hielo que te atraviesa el pecho… No flaquees. El paisaje es tan bello desde las alturas que de inmediato tendrás ganas de subir al parapeto, extender los brazos y zambullirte. Será un ínfimo segundo y después verás que se esfuman las dudas bestiales que te atormentan.

HOMENAJE

Homenaje fue el que le hicimos al abuelo en ocasión de cumplirse el quincuagésimo aniversario de su aterrizaje en las colinas de Edimburgo. Todos estuvieron de acuerdo con que, en el acto que se desarrollaría en un claro entre el palacio y la abadía de Holyrood, las ubicaciones principales serían ocupadas por su descendencia, o sea nosotros, los ciento catorce nietos y bisnietos, y que el líder principal, un francés pariente de La Fontaine, quedaría en la fila de atrás y pasaría al frente solo en el momento de decir su discurso, breve pero conciso, le advertimos, ya que era conocido por su verborragia, y no deseábamos que el abuelo feneciera durante el evento.

Hechos los arreglos preliminares, nos dedicamos de lleno a elaborar el menú, tenien-

do en cuenta, desde luego, que la mayoría de los asistentes contaba con muchas horas de vuelo y que el que no tenía problemas de ingesta los tenía de evacuación. Nadie objetó que fuésemos asesorados por una experta, una pichona bastante linda que, después de un estudio exhaustivo, terminó poniendo a nuestra disposición tres posibles combinaciones de manjares que luego, nosotros, reunidos en la torre comunal, pusimos a votación. Resultó favorecido por amplia mayoría el menú que consistía en una entrada de hojas de parra con semillas surtidas, un arrollado de brotes de alpiste y para terminar chutney de madreselvas y rosas silvestres.

Si bien a los más jóvenes no nos hacía agua a la boca pensar en tales alimentos, pusimos toda nuestra buena voluntad tratando de contemporizar con la causa y convinimos que cada uno se llevaría un tentempié de contrabando, cosa de no quedarse con hambre.

Lo que nadie previó fue que el abuelo, que siempre había gustado de llenarse bien el pico, reclamaría a gritos las esponjosas retinas maceradas en azafrán, la cazuela tibia de

córneas gratinadas a la manera de Cornwell y la famosa gelatina de lagrimales espolvoreada con pestañas en almíbar, todos platos que le recordaban su lejana juventud en la Torre de Londres.

Al final, optamos por el viejo hábito de que, después del acto, cada uno saliera volando a servirse a gusto, lo que redundó en una batahola descomunal entre los que querían comer y los que no deseaban donar sus pupilas para satisfacer a la abundante concurrencia. En fin, la historia de siempre entre nosotros los cuervos.

LA MASCOTA DE AMELIA

De qué extraña fauna suelen rodearse
los hombres para sentirse más humanos...
M.T.

Esa mañana, Amelia se levantó temprano. Iba a venir el fotógrafo del diario zonal a retratarla en todo el esplendor de sus setenta años.

Desde el acolchado de plumas, Juancho la miró con un solo ojo. Él no pensaba salir en esa foto, como ella lo había dispuesto. Demasiado con que durmiese casi toda las noches entre sus brazos… Él tenía su orgullo, qué necesidad había de rebajarlo así, a perro faldero.

Después de ponerse el vestido fucsia, el collar de caracoles y varias peinetas doradas en el pelo, Amelia se acercó a Juancho y lo acarició.

–¡Vamos, remolón, arriba!

Juancho no pudo evitar mover la cola. Sentía algo parecido al amor en esos gestos cotidianos y también un poco de pena cuando los ojos de Amelia se posaban sobre la fotografía de Augusto, el hombre que durante un cierto tiempo había dormido con ellos en la cama grande. Augusto, cuya piel despedía un olor particular si Juancho se le acercaba; Augusto, con un tono de voz que hacía temblar las paredes; Augusto que explotaba de ira aunque Amelia le dijese cálmate, Augusto, Juancho es mansito. Y por más que en la cama Juancho se cuidase de no rozar con la lengua la cara de Augusto y tratase de hacerse chiquito, eran difíciles de disimular sus dos metros y medio del hocico al rabo… Cuando Augusto no aguantó más, hizo las valijas y se fue pegando un portazo.

Una verdadera lástima que Amelia no lo retuviese porque Juancho habría conservado sus tardes de salir al jardín, la libertad de pasear entre los canteros de dalias, de esconderse debajo de las matas de helechos donde el contraste de la sombra húmeda, con el deli-

cioso aroma de los insectos, invitaba a dormir la siesta sobre el frescor de las lajas.

–¡Vamos, pequeñín! –insistió Amelia aquella mañana, y eso bastó para que Juancho se hundiera un poco más entre las cobijas y, desde allí, la espiara, como en un juego, ese que solían jugar años atrás, antes de Augusto.

A la hora convenida, Amelia se sentó en el sillón de mimbre, expandió el vuelo de su vestido sobre los escalones de la terraza y, tironeando a Juancho del pretal, lo obligó a acostarse a sus pies, y apoyar la cabeza en sus rodillas.

El fotógrafo tardó al menos una hora en retratarlos y Juancho, sin saber que sus antepasados adornaban la bandera de Gales o que sus primos los saurios poblaban las templadas mesetas de Tenochtitlán mucho antes que los aztecas, se dejó estar en esa melancólica fotografía, y pasó a la posteridad como el inmundo dragón de la loca de San Isidro.

HADAS

Son criaturas excelsas que pasan el día observando el trajín de la chacra. Habitan en la copa del níspero y sacuden sus cabelleras de fuego para provocar la lluvia y el viento. Si uno se duerme bajo la magnolia, cuya sombra, dicen, está cargada de maleficencia, ellas transponen la frontera sutil que separa el paraíso del infierno y entran en los sueños, a proyectarnos el espectáculo eterno y rastrero de nuestra propia existencia.

Me pregunto qué las llevará a cumplir ese ritual. Es como si estuviera escrito en el agua y se borrara meticulosamente, con cada despertar.

No sé si estas almas delicadas son capaces de insuflar un extraño letargo en el corazón humano o si sus versos son un encantamiento parecido al de las sirenas, pero sus cuerpos

pálidos se vuelven aún más etéreos cuando les da la luz del atardecer, sus melenas ondean como vellones cautivos en los alambres de púas, su aroma es igual al de los musgos y raíces que crecen en la sombra del patio de casa, y sus brazos, tendidos hacia el cielo, agitándose entre las rejas de la jaula donde mi madre las tiene encerradas, semejan alas de libélulas apretando el aire.

La orden es que no debo acercarme a ellas ni nombrarlas. Las llaves de los siete candados fueron enterradas junto al hombre que yo llamaba padre. No me han dicho dónde está su tumba, solo sé que él fue el único que pudo poseerlas. Y eso debería bastarme.

ADIVINAS

Quién no las ha visto por las tardes, en cuclillas, escrutando con ojos desvelados la palma de una mano, un mazo de cartas o la borra del café.

Transitan las callejuelas de la ciudad haciéndonos creer que son simples amas de casa y que sus predicciones son frutos de la experiencia. Tienen el poder de conferirnos algunos deseos y, aunque las sabemos chismosas, nadie se atreve a impugnarlas porque son capaces de tejer las tramas más despiadadas, con el pequeño crochet de marfil que les sujeta el rodete y, sin una gota de culpa, nos sirven en bandeja sus advertencias, insuflándonos migratorias ilusiones de eternidad.

Nadie conoce a ciencia cierta dónde guardan sus herramientas de la suerte pero si las observamos detenidamente, cuando baldean

la vereda o, por las noches, cuando descuelgan la ropa de las azoteas, podremos descubrir que bajo sus trajes de señoras respetables, ocultan el bien guardado secreto de sus miedos. Las más viejas, las más sagaces, los depositan entre sus piernas, que nunca abren; las más jóvenes, es sabido, suelen confiárselo al primer hombre que pasa, y es quizás por eso que se desequilibra el universo: nieva en verano, hace calor en invierno, los niños nacen antes de tiempo, las cosechas se secan, los países entran en guerra y la gente se enferma y muere.

ENDRIAGOS

Que se mantengan en equilibrio sobre múltiples intrigas, que tejan y destejan oscuros planes cada vez que el día nace o el sol se pone sobre la tierra, es lo de menos. Que vivan soltando babas, chismes inhóspitos, promesas falaces, allá en el confín de los barrios y, cada primavera, aparezcan con un sonido de aguas muertas, a llenar de ideas turbias las administraciones públicas, es lo de menos. Que sus arengas sean comparables al aullido de lobos en celo, que sus alientos sean como brazaletes de ortigas, que sus cuerpos recuerden algo cercano a una bolsa de leña, y a su paso tiemble la tierra y se quiebren las baldosas, también es lo de menos.

Lo insoportable, lo incomprensible es que, cuando uno hace de tripa corazón y, para no ser excluyente, empieza a intimar con

ellos, sus lenguas filosas se vuelven un dulce resbalar de espumas, un espléndido tobogán de madreselvas, un vicio del que es imposible privarse. Entonces, obligados a ir por la cuerda floja, tirando a suerte nuestro propio destino, nos revolcamos en sus pantanos de falsedades, y nos dejamos deslumbrar sin que ya nada nos importe.

OGROS

Están ahí, donde quieras que mires, en la esquina de tu casa, en el mercado, en la oficina. Son esquivos, tienen cierta inclinación por los chismes y montan en cólera por cualquier motivo. No conocen la bondad ni practican la indulgencia. Tampoco es recomendable buscar su amistad: son huraños, contestatarios y pendencieros. Tienen el poder de hacer suyos los dones ajenos y, con tal de llegar bien lejos, son capaces de pasar por encima de cualquiera.

Lo que muy pocos saben (y eso porque aún no se estudia en las escuelas), es que tienen pasiones ocultas: les fascina cultivar cactus; en las noches de plenilunio salen a cazar puercoespines con agarraderas de fieltro, para luego dormir abrazados a ellos; prefieren los oscuros pubs de los suburbios a las confiterías

del centro y, cuando están tristes, se emborrachan con ajenjo y escuchan a Wagner.

Suelen aparearse una sola vez al año, sobre pilas de carpetas, en los recónditos subsuelos de las dependencias de los ministerios. Lo bueno es que sus jadeos levantan nubes de tierra que, por unos instantes, sacan algún expediente del olvido.

BRUJAS

Tienen una cajita de plata donde guardan todas las letras. Cuando es preciso, las untan con miel y las enhebran formando un collar de sonidos melodiosos.

Tienen la astucia de ocultar en ellas venganzas ancestrales, y de torcer adrede el sentido de las lenguas, de los dioses y de las más certeras predicciones.

Disimulan a la perfección la envidia, los errores y las miserias bajo "*lisonjas",* unos pequeños hongos que crecen en los recovecos de sus gargantas y que, luego de macerados con saliva, brotan como fuegos fatuos, incontenibles, ignorando la secreta y sabia enseñanza de sus madres, de mantener la boca cerrada.

EL HOMBRE DE LA BOLSA

Y un buen día te lo encontrás en la parada del colectivo. Vos, con el carrito de la compra, él, con su bolsa al hombro. ¿Él de nuevo, cómo es posible?

Subís al 19, él también sube. Te ubicás en el único asiento libre, en el fondo, donde cada pozo de la calle te recuerda la vibración extraña que reptaba por tu espalda cada vez que te lo nombraban, él se queda de pie.

¿Así que todavía existe?

Por suerte no te reconoció, pero cuando el colectivo se detiene en la esquina y bajás apurada, él también baja. Lo único que faltaba...

Una hartera premonición te impulsa a querer ganarle de mano. Corré. Allí a la vuelta, tus hijas están solitas en casa, jugando a las muñecas, igual que vos cuando eras chica y

tu madre, antes de salir a trabajar, amenazaba con llamarlo si te portabas mal…

Corré. Hay que detenerlo antes de que esas inocentes niñas, muñecos a upa, tacitas de plástico en la punta de los dedos, abran la puerta y dejen pasar a su abuelo.

LIGAS MAYORES

Magnas, abiertas, tejidas de telarañas, las ciudades saltaban al ritmo de nuestro entusiasmo. Bajo una luna implacable, cercana, los vericuetos imprecisos de lava y coral que conformaban Orión se iban cubriendo de un humo ceniciento, tanto, que por momentos la perdíamos de vista. Parecía imposible que un sitio donde vieran la luz las más fantásticas estrellas, los principales liberadores de moléculas, las mejores radiaciones, rebotara con tan poca gracia. Nosotros habíamos traído a Orión, la habíamos elegido entre otras y sentíamos cierta bronca al ver que sus torres de opalina no resistían rodadas ni mínimos desplazamientos. Iba a los tumbos, soltando una estela de hidrógeno, arena, helio, y algunos rayos ultravioletas que, por supuesto, tratábamos de ignorar. ¿Pero cómo desentendernos si Orión era imposible de soste-

ner? Con cada jugada rebalsaban sus cloacas, bañándonos de fétidos neutrones. Sumado a eso, las montañas iban y venían y los árboles rodaban de acá para allá provocando un ruido de sonajero que nos crispaba los nervios. Ni una gota de ozono en los bebederos, ni un centímetro cuadrado de aserrín en las cuchas de los iones. Ni hablar de los peces voladores que saltaban de los ríos y no paraban de vomitar margaritas. Para ser sinceros, Orión era tan fofa al tacto, tan complicado el agarre, que llegó un momento en que corríamos pidiendo ¡pasala! ¡pasala!, sin saber muy bien a dónde ir.

Solo el profeta, incólume dentro de su cápsula –una especie de ermita de piedra pómez que nos circunvalaba desde el primer tiempo–, seguía enfervorizado, lanzando imprecaciones y dardos de masa gaseosa que chisporroteaban a nuestras espaldas.

–¡Ojo que no va a haber tiempo de descuento! –vociferaba con su megáfono en cada giro.

Cuando terminó el encuentro, cuando al fin el solaz y la calma volvieron a reinar, to-

dos los cormoranes se habían soltado de sus cadenas y vagaban por el espacio tratando de atrapar los meteoritos que caían en picada y se clavaban como anclas en los lugares más insólitos; los vientos, aún mareados, giraban alrededor de sus propias órbitas; mutantes, vehículos, mascotas, muebles, postes de alumbrado, quedaron, rígidos y verticales, pegados a ese mazacote de ceniza y lodo. En nuestras manos, Orión era solo una albóndiga deforme.

El partido terminó cero a cero. Inútil decir que nosotros, los colosos de Andrómeda, quedamos bastante decepcionados. Lo único que nos levantó un poco el ánimo fue que el entrenador nos prometiera que, en los encuentros del próximo equinoccio, la pelota sería el planeta Tierra, que es mucho más elástico y nunca se desinfla.

HORMIGUERO

Llegará un tiempo en que, día y noche, detrás de unos vidrios pintados de negro, las mujeres tendrán que trabajar en cadenas de ensamble. Cada una delante de un tablero, bajando palancas, girando manivelas harán caer piezas metálicas dentro de los tornos y balancines para acoplar un ejército de androides. Hará frío.

Al amanecer se apagarán todas las luces. Una sola quedará encendida: la de la sala de descarte.

Y si una de esas mujeres se equivoca, tiene un tropiezo o el cansancio la deja quieta por un instante, las máquinas se detendrán de inmediato. Entonces la mujer querrá escapar.

Nadie irá en su ayuda.

La oirán correr hasta que sus pasos se pierdan en el silencio de la cinta transportadora.

Nadie llorará al verla pasar, atada y con ojos llenos de terror.

Alguna dirá que ya son las ocho e irá a encender la cafetera.

Sí, son las ocho, repetirán las otras, y observarán la luz de la sala de descarte, titilando al compás de la trituradora.

Pobrecita... –dirán a coro. Después, saciarán su hambre.

VIAJES

Viajar es un ejercicio con consecuencias fatales para los prejuicios, la intolerancia y la estrechez de mente.

Mark Twain

A VECES, PERDERSE

Hace bien perderse de vez en cuando en la selva de papel que corona la única plaza del lugar. Es agradable transitar entre árboles de cartón pintado y observar cómo los barriletes agitan sus largas colas transparentes en el aire siempre límpido, siempre perfumado con esencia de limón.

El visitante inexperto podrá pensar que ha sido engañado, que ha caído en una trampa, sin embargo, en este sitio se recrea la vida sin los frágiles inconvenientes de lo cotidiano.

Estoy de acuerdo con que la zona es un poco aislada, las calles son angostas, los edificios reflejan como látigos de hielo la luz del atardecer y el silencio solo es quebrado por el sonido de los pasos y la propia respiración. Es verdad que en cada esquina hay columnas de yeso simulando mármol, balcones de plástico

que imitan arabescos moriscos y ornamentos de hojalata que sugieren encajes de Chantilly. Sé así mismo que la platería es aluminio y las molduras papel maché. Pero al menos aquí las ventanas están abiertas y uno puede presentir a las familias alrededor de una mesa o adentrarse incluso a espiar en los zaguanes donde se mantiene la clásica luz, pobre y difusa, que predispone a las confidencias y sustenta los actos de amor. Aquí no hay gestos abruptos, palabras sustitutas o lágrimas en vano. Nada ha escapado a la imaginación del arquitecto.

Todo está permitido en esta región de utilería. Todo salvo un pequeño detalle. Pero quién quiere saber lo que acontece detrás de las paredes de acero blindado que sostienen y rodean la fortaleza. Quién, por más curioso que sea, va a querer visitar a los artífices de tanta maravilla, seres grises y opacos, que habitan debajo de los muros. Es mejor no adentrarse en las callejuelas subterráneas de la periferia porque, además de estar prohibido, se corre el riesgo de que dichos seres nos muerdan los tobillos, cuando se asoman a respirar por las bocas de ventilación.

Mejor es abordar el periplo con pautas claras, convencidos de que hay muchas otras cosas para ver. Y, por molestas que sean las largas horas de espera a las puertas de la ciudad, la visión panorámica en lo alto de la colina de basura compactada es inigualable. Desde allí, los lejanos destellos de los bombardeos parecen fuegos de artificio, el aullido de los lobos canciones de cuna, y se vuelve factible la idea de inmortalidad.

VIAJE A LA CASA DE MI PADRE

Apenas emprendo el viaje veo colinas bordeadas de luz, verdores otoñales, grupos de árboles rojos, amarillos, azules, grises. La casa de mi padre está al final del camino, allí donde los cuervos vuelan en círculo, donde el pasto seco rueda sobre el campo desnudo, donde una sola chispa de cigarro enciende bosques enteros.

La ruta suele estar bordeada de volutas de humo que parecen nubes. La casa de mi padre es la única que todavía tiene palomas talladas en el dintel de las ventanas y un gato de hojalata que rechina sobre el tejado a modo de veleta.

Aunque hace mucho que voy por la vida como sombrilla rota en el viento, siempre termino golpeando a su puerta. Desde que

nací hay un mapa que me marca el camino, está dibujado con ceniza y cal, sobre la tierra, a la entrada del pueblo.

Vuelvo porque tengo el temor de que un día se apague en mi cabeza el grito sordo de las margaritas aplastadas por el asfalto. Vuelvo para ver si los pájaros no entraron por la chimenea, a apropiarse de todo. Vuelvo antes de que la naturaleza, en su perpetuo vaivén, convierta el valle en desierto; antes de que la arena se coma los rieles y los trenes dejen de existir; antes de que las balas sean más rápidas que una señal de satélite.

Mi viaje es como meterse en la cama de un hombre casado, es como probarse ropa ajena; basta la tentación de un nuevo aroma, basta pensar que la muerte no duele, que lo que duele es permanecer; basta tomar un buen trago de Vodka, fumar un porro despacito, taparse la cara con la almohada y dejarse ir.

Sé que allá, mientras la tarde duerme su eterna siesta, me espera un ático lleno de voces que aguardan en las sombras del techo. Ni bien llegue habrá un batir de alas, un crujir de cartas amarillas, de fotografías, de repro-

ches… Y por más que el tanguito que vengo silbando entre dientes para darme coraje despierte a los pequeños dardos de la memoria, sé que volveré a encontrar la calma en el preciso instante en que el fantasma de mi padre salga a recibirme.

HOURTIN

Tuve que dejarte una mañana clara en que las cosas parecían quietas bajo el matiz ilusorio de la despedida. Las hojas de los castaños, la ropa colgada en los jardines, la bandera en el mástil de la escuela; todo quedó suspendido en el instante en que mis pasitos calzados de charol resonaron sobre la grava de la plaza, triturando huellas que nunca volverían a pisar.

Y mis ojos de nena, que buscaban un regazo donde esconderse, solo encontraron pálidos reflejos detrás de las ventanas, manos difusas que se agitaban en la sombra, quizás futuras apariciones de la casa que me había visto nacer.

No fue fácil abandonar la luz de miel que bañaba mis amaneceres, ni el diminuto eco de las mariposas sobrevolando las retamas, o

la mano segura del abuelo llevándome a descubrir nidos de alondras en los bosques de Lacanau.

Y en ese silencio tan hondo como el amor que te tuve, me llevé a la boca el último guijarro que pisé antes de subir al micro. Lo paladeé como si fuera carozo de durazno con la esperanza de retener el sabor de mi tierra. Lo mordí porque morderlo era morderte. Y te me fuiste haciendo chiquito como esas fotos que se guardan en los relicarios, o las figuras de porcelana que vienen escondidas en las roscas de reyes, o la medallita de Juana de Arco que la abuela sujetó de mi solapa con un alfiler, creyendo que de ese modo emparcharía el tremendo agujero por donde empezaban a escaparse mis ilusiones.

EXILIO

Ahí estás, con ellos aferrados a tus piernas. Sus pequeñas manos se hunden en la bolsa que trajiste repleta de golosinas, y sus ojos deliciosos y nuevos parecen abarcar todo este universo de valijas, de bolsos y de lágrimas.

Cuando levantan los brazos y miran hacia tus ojos tristes, para que los alces y los ayudes a poner solitos las monedas en la ranura de la máquina expendedora, sentís que se te va la vida, pero los volvés a bajar como si nada y aguardás tan expectante como ellos a que la lata de gaseosa, increíble y fresca, salte sorpresivamente a sus manos. Y, olvidando que algún día has hecho el mismo camino a la inversa, de la mano de tus padres, cuando llegaste de tu amada Francia, vas con ellos a sentarte en uno de los bancos donde tu hija,

pálida y bella, espera con el rostro crispado, quizás por las palabras que arden en su boca como caramelos de brasa, palabras que te dirá a último momento y que llenarán tu corazón de promesas imposibles de creer.

Y duele, la pucha que duele. Por más que te hagas la fuerte, tenés que buscar un poco de aire y disimular. Entonces hacés bromas aunque el corazón se parte y el pecho se expande en una risa nerviosa y, como si el llanto viniese de esa risa, te secás con un pañuelito de papel las lágrimas, las tontas lágrimas que vuelven a dispararse solas cuando los altoparlantes los llaman a embarcar.

Entonces te inventás una historia. Te hacés la ilusión de que el largo pasillo por el que acaban de enfilar sólo los llevará a dar una vuelta en calesita, vamos tesoros míos que se sacan la sortija… Y te decís que el mundo no se va a detener cuando traspongan esa puerta, que todo es un juego, un carrusel absurdo que en un ratito te los traerá de vuelta, porque es mentira que se han ido para siempre.

TODO LO QUE SUBE, BAJA

Era la primera vez que subía. Nada en el mundo hubiera podido hacerla desistir de llegar a la cima de la montaña contemplada durante años desde la hondura del pueblo.

Una vez arriba, en la bruma difusa que coronaba las cumbres, el triángulo de cielo visible le pareció apenas un pequeño lago abandonado entre los riscos. Algunas flores blancas asomaban, tímidas, detrás de la piedra donde se sentó a descansar. Apenas recuperó el aliento, vio la crudeza del horizonte surcado de peñascos que devoraban las nubes a grandes dentelladas. Abajo habían quedado la lluvia, la feria con sus vendedores ambulantes, las paredes grises de su casa y su madre esperando detrás de la ventana con las admoniciones de siempre.

En lo alto se sintió libre de respirar todo el aire que entrara en sus pulmones, libre de gritar lo que fuera, por ejemplo ¡te odio! Libre de saltar al vacío. Allí, nadie le impediría mostrar su rabia o tatuarse un corazón en la entrepierna o morir de amor si se le antojaba. Ya nadie iba a meterse en su vida…

Caminó unos pasos hasta el borde del precipicio. Observó la profundidad que se abría ante ella. La punta de sus zapatos en el aire, tan cercanos y tan distantes, era por sí sola una promesa de libertad.

Un pájaro claro, quizás un halcón peregrino, pasó graznando y el eco de ese grito en su cabeza fue igual a un millar de grillos, a un millar de vidrios rotos de miles de ventanas donde miles de madres esperan el regreso de la hija pródiga, para soplarle que es una perdida, que merece todas las cosas malas que le pasan, que no tiene perdón de Dios.

Sin embargo, cuando la tarde se fue rodando detrás del pico más alto, una extraña calma se recostó sobre sus hombros y le hizo pensar que, después de todo, no era demasiado triste la vida, no era demasiado grave

estar embarazada, no era demasiado urgente su deseo de morir.

ANCLADA

Pienso con frecuencia en esta imagen que yo sola sigo viendo y de la que nunca he hablado.
Siempre está ahí, en el mismo silencio, deslumbrante…

Marguerite Duras-"El amante".

Anclada en su pedestal de estatua viviente, en la esquina de Defensa y Humberto Primo, soporta la malicia de los que se acercan buscando descubrir un mínimo gesto en su cara, helada, bajo el emplaste que simula mármol.

Los alemanes, muy de jeans americanos, y los americanos, muy de zapatillas alemanas, sueltan sus pequeños dólares en el sombrero que ha colocado en el cordón de la vereda. No saben que, a pesar del frío, la humedad o el dolor de espalda, la blanca Ariadna, ovillo de hilo en alto, viajó a otra parte. Detrás de sus párpados están los muelles del Sena, el aire cuajado de grises, los morosos quioscos de los libreros, quizás una rara edición de "Lettres de mon Moulin", que conoce de me-

moria y en cuyas páginas amarillentas intuye la campiña de Alphonse Daudet, (su campiña) donde la infancia es hoy, a pesar de los años y la distancia que agranda las cosas.

Entonces, mientras legiones de turistas arrasan con todas las antiguallas que encuentran en San Telmo, autóctono rejunte de arrabal y Pampa, ella alivia la miseria, el oprobio, la melancolía dejándose estar entre los paseantes sin tiempo, como si todavía fuese joven y caminara por el muelle de la Tournelle, oyendo las campanas de Notre Dame, un domingo cualquiera.

MEDINA

Dicen que en la plaza principal de Marrakech, en esa Babel de voces extrañas y música de campanitas, hay un hombre que espera. En el atardecer claro de oriente, cuando los mercachifles comienzan a montar sus puestos con magníficos toldos multicolores, y el humo de los fuegos donde se asan oscuros tajines se expande por encima del montón de alfombras y vasijas con penetrante olor a almizcle, el hombre congrega todas las miradas.

En esa parafernalia de sabores y texturas, en esa furia por vivir cada día como si fuera el último, en esa explosión de falsas odaliscas, de dagas imposibles, de artesanos, bereberes y baratijas; en ese desborde de cueros, hojalatas, kaftanes, encantadores de serpientes y flautis-

tas; en ese mar de ocultas contradicciones, un público respetuoso va rodeando al hombre.

Dicen que cuando conecta su modesto farol a una vieja batería de auto, el círculo luminoso parece llegar hasta el confín del mundo. Entonces despliega su alfombra de oración, raída por el suelo de otras plazas, de otras medinas, y se pone a contar. Sus ojos, hundidos en un pozo de arrugas, son capaces de mostrar todas las llanuras, todos los desiertos, todos los hombres de la tierra. Acompaña sus palabras cortas y melodiosas con gestos austeros, como si la cúpula del cielo bajara a sus manos y el tiempo, pájaro manso, ahuecara sus alas para cobijar el gentío que lo escucha.

Dicen que nadie escapa al embrujo del contador de cuentos y que el efecto embriagador de sus historias perdura hasta que las primeras luces borran las estrellas y los camellos despiertan con el llamado a oración del muecín.

ALLONS PLUS VITE

Et le soir vient et les lys meurent
Regarde ma douleur beau ciel qui me
l´envoies
Une nuit de mélancolie.

Guillaume Apollinaire

Cuando madame Françoise deambula así por los cuartos deshabitados de la casa, sabemos que se apresta a viajar. Bien peinada, con su traje de calle, posa la mirada en cada rincón, como queriendo retener las imágenes desteñidas de los retratos que la acompañan desde hace más de cincuenta años.

A pesar de los febriles preparativos, todo es silencio en la casa. Las persianas, siempre bajas, impiden el paso de los rayos del sol, manteniendo pinturas y tapices en un aura de cementerio que eriza la piel.

El viaje mensual de madame no hace más que distraernos un poco de la rutina. El reloj de péndulo del hall es el único que profana la quietud del largo día de trabajo. Limpiamos

las habitaciones con pasos de fieltro, lustramos la platería con manos enguantadas, pasamos el plumero aquí y allá, hablando en voz baja para no molestarla. Si tenemos ganas de reír, salimos al jardín a buscar flores para los jarrones del salón y allí, en el prado que se extiende hasta el borde del río, donde los iris se mecen con el viento, nos detenemos un instante a aspirar la vida.

Cuando todo esté dispuesto, madame Françoise bajará a las cocheras en su ascensor privado, subirá al Rolls Royce que no funciona hace una década, posará su cuerpo delgado como hoja de otoño sobre el asiento trasero cubierto de almohadones de plumas, se pondrá las gafas de filigrana en la punta de la nariz y esperará pacientemente a que traigamos el equipaje y coloquemos a su lado las dos sombrereras de cartón.

Antes de que inicie el viaje, nos formaremos a los costados del coche y madame Françoise bendecirá nuestra presencia con una gentil caída de ojos.

Después, como un ritual, sus dedos desatarán las cintas color té de las sombrereras repletas de fotografías y nosotros imitaremos el ruido del motor, sacudiremos levemente el coche, simulando la marcha, hasta que los ojos grises de madame se acostumbren a las imágenes en movimiento, (el lago Léman, donde ella sonríe junto al principe Andrés; una cabalgata por los valles del Rin con el duque de Baviera; un paseo en bicicleta por las calles de Deauville, el descenso del Mont Blanc, el teleférico de Aspen...), y extienda su mano pálida para decirnos una vez más: Allons plus vite.

VULNERABLES

¿Han visto en las tardes de mayo, cuando el sol prolonga sus tentáculos sobre el otoño, esas pequeñas hojas secas que todavía cuelgan de las ramas de los plátanos y se hamacan, tiesas, en la brisa, aferradas con las uñas, luchando por prolongar una ilusión de verano? A ellas no les importa el frío, el viento, la lluvia, la cara monstruosa de Dios, sólo luchan por permanecer. Se enroscan, se retuercen, palpitan, si es que sus corazones de papel crujiente pueden palpitar como el mío. Y tienen miedo. Y vértigo. Estoy segura de que sienten vértigo de caer al vacío, tan diminutas, tan livianas, tan doradas y frágiles como son… Por eso aguantan. Saben que un día, por el mes de septiembre, cuando ya los primeros brotes asomen tímidos y las empujen con el ímpetu propio de la juventud, tendrán que partir. Se dejarán ir en medio

del feroz sonido de la eclosión, durante una tormenta o un granizo y bajarán a esconderse entre los yuyos del jardín. Libres por un rato, aprovecharán el silencio que allí reina hasta que alguien, quizás una mujer que aún se siente niña, aburrida de estar en cama, aterrada entre sus cuatro paredes, salga a levantarlas del suelo con dulzura, las convierta en barquitos, les ponga bichos de San Antonio, o alguna hormiga, y las apoye en el curso domesticado del agua que corre por el cordón de la vereda para que ellas, milagrosamente recuperadas, se alejen veloces con sus pasajeros a cuestas y, por un rato, vuelvan a verse bellas, dilatadas y tersas antes de despeñarse en la urgente alcantarilla de la esquina.

REMONTAR EL TIEMPO

Apenas salíamos al jardín con el barrilete, el abuelo aparecía con las tijeras. "Tiempos eran los de antes –decía, blandiéndolas– los barriletes vagaban libres por el cielo, anunciando la llegada de la primavera, meta sobrevolar dinosaurios, baobabs y cavernas, con la musiquita del viento en sus panzas de papel, y les aseguro que los hombres primitivos interrumpían sus aterradores gruñidos para oírlos pasar, porque, sépanlo bien chiquilines, en esa época los barriletes pasaban de largo. A ninguno se le ocurría atarles un hilo que les frenara el vuelo…"

Pero al ver nuestras caras de fastidio, el abuelo, que en el fondo era un buen tipo, de inmediato, y como quien no quiere la cosa, se ponía a recortar el cerco de ligustrinas.

TURISMO

Cada año algún peregrino llega por error a la ciudad escondida y cae en la tentación de recorrerla y apreciar sus edificios de cristal, sus monumentos de obsidiana, sus torres de marfil.

Cada año alguno se pierde en el laberinto de calles, de intrincados puentes que la rodean, y termina desolado, cerca de la gran muralla de piedra, sin encontrar la salida. Entonces se lamenta de haber venido y maldice a los dioses, y llora por sus ancestros perdidos, y manda postales obsoletas que nunca llegan a destino porque el destino está implícito en ellas.

Sin embargo cada año llega un nuevo viajero en busca de los pasos del anterior. Un nuevo viajero que recorre todos los edificios, los recovecos agudos de sus calles, cruza

puentes y busca rutas o nuevos caminos que no mueran en la gran muralla de piedra, para no tener que lamentarse de haber venido, para no tener que mandar postales obsoletas, ni llorar o rezar a los gritos, sin embargo, irremediablemente se convierte a su vez en ancestro del próximo viajero.

VUELO DE CIGÜEÑA

Primero, enfocamos un óvalo suave, una cara de muñeco de celuloide llena de pecas, unos labios carnosos que esconden el hueco dejado por los dientes de leche. Y las sienes: sus venas azules bajan de la cabeza con tímidos reflejos de mapamundi.

Segundo, hay unos ojos de mar donde se adivinan peces, algas, corales y hasta una orilla soleada con castillo de arena y todo. Si acercamos el objetivo, si nos hundimos un poco más en esa mirada circular e iracunda, seguro que también aparecerán campos de girasoles, una casa, un perro y caballos con las crines al viento.

Tercero, al alejar un poco la cámara, un cuello pálido asoma, descarnado, del uniforme de sarga, y las costillas, dibujando arcos por encima del vientre, y un pecho dócil que

aún no alberga el odio, y un vigor en las piernas que parece proyectar todo el cuerpo hacia adelante.

Cuarto, es la visión completa de la piel mugrosa, de las pequeñas manos tiernas e inocentes que se aferran al alambrado de púas: gesto único de ese niño que saluda a las cigüeñas en vuelo, cortando por un instante los pálidos rayos del sol, y el espanto que lo rodea.

MIGAJAS

En el fondo de la bolsa de la abuela siempre quedaban migajas para los pájaros…

M. T.

GÉNESIS

Silencio engendró a Signo; de Signo nació Letra; Letra tuvo a los mellizos Diptongo y Sílaba; de Sílaba surgió Palabra; Palabra es la madre de Frase; Frase parió a Párrafo; Párrafo es el padre de Página; Página gestó a Texto; Texto es el progenitor de Pensamiento; Pensamiento, a su vez, dio a luz a Idea; de Idea provino Alma; Alma, se presume, es hija de Dios; y Dios, sigue siendo un misterio.

PROSELITISMO

No era en lo que habíamos quedado, dijo María Magdalena cuando vio a Jesús repartiendo piedras a la plebe.

PLEGARIA

Los leños crepitan con estruendosa furia, el dolor asciende sin prisa y sin pausa, las llamas empiezan a quebrantar la carne, y mientras la multitud clama por su inocencia, Juana, los ojos perdidos en el cielo límpido de Ruan, implora a Dios ¡Que llueva, que llueva!

LEGADO

No tienen hijos, ella no quiere. Para qué, dice, hay cosas que se heredan. Así que, antes de ir a la pieza, a dormir la siesta, le hace poner dos preservativos, por las dudas. Entonces se revuelcan un rato encima del acolchado y él se duerme babeando un sueño agitado de pesadillas, de esas que no se atreve a contarle a nadie.

Por eso cuando lo oye sollozar o descubre en sus ojos trasnochados el destello negro de la culpa, ella le pasa la mano por la frente y le dice ya, ya, ya, hasta que se calma, porque bien sabe lo difícil que es la vida de un verdugo.

TODO TIEMPO PASADO FUE MEJOR

Vida era la de antes, cuando las playas crujían como vidrio molido bajo los pies; cuando mangas de langostas, saltamontes y escarabajos alteraban bellamente la pureza del aire; cuando nubes de mosquitos sobrevolaban los árboles y había cucarachas, hormigas y alacranes que mudaban su piel en primavera, y gente que sacudía las alfombras en la vereda, y el viento sólo traía los desperdicios de costumbre, y podíamos quitarnos por un rato las máscaras de oxígeno para recordar los buenos tiempos.

ADIVINANZA

Es fina, suave, corre… Se deja ir, suelta, indolente, silenciosa. Fluye en infinidad de dagas, de llagas, de nadas. Tierno cordel, vellón de seda, la más bella del Olimpo, la hermana de Cronos, el desierto atrapado entre tus dedos. Es, qué lástima, la vida que se fuga en tu reloj de arena.

PRECAVIDA

Todas las noches cierro puertas y ventanas. Todas las noches sueño que muero asfixiada. Todas las mañanas me prometo dejar abierto, pero al acostarme cierro porque nunca sé cuándo soñaré que vuelo.

COMPENSACIONES

Siempre pensé que mamá era mejor que yo. Tenía una mirada intensa y una luz que parecía venir de muy lejos, quizás del lugar donde me había engendrado, allá por las callejuelas de Phnom Penh, durante un servicio rápido contratado por su propio hermano, entre dos bombardeos.

Frente a ella mi adolescencia de piernas flacas y pelo de estopa, era apenas un cardo, un miserable abrojo con pretensiones de flor.

Nunca pude acercármele sin tartamudear. El tío en cambio era otra cosa. Él tío me decía tesoro y me aceptaba en su cama con todos mis defectos.

AMOR DE MADRE

Ellas, que siempre inician la conversación con mi amor, mi tesoro, mi vida, y nos cuentan cosas del pasado y preparan un buen café batido y untan el pan con manteca mientras nos explican todos los detalles de su vida de sacrificios; ellas, que planchan nuestras camisas con agüitas perfumadas y, a pesar de sus múltiples dolores, nos despiden cada mañana con una sonrisa, ni bien cierran la puerta, se apuran a ensayar frente al espejo las caras sufridas que pondrán a la noche, cuando regresemos del trabajo.

UNA PEQUEÑA MÚSICA CELESTE

En el mundo existen sinfonías, óperas, preludios y zarzuelas; existen valses, marchas militares, tangos, mazurcas, bachatas y románticos boleros. A diario nos llegan melodías de todos los confines, desde tambores tribales hasta las canciones desentonadas que cantamos bajo la ducha, pero ninguna es tan bella, tan dulce, tan excelsa como la pequeña música celeste que oímos cuando nuestras hijas le dicen a sus hijas las mismas palabras que nosotras les dijimos un día.

CLANDESTINOS

Y cuando se cansen de decir todas las cosas bonitas que se dicen; cuando hartos de besarse, de tocarse, de explorarse, el sonido opaco de sus cuerpos se extinga entre las fibras del colchón, y el cuarto de hotel quede vacío, los dos regresarán a sus respectivas familias, a ser los mismos hipócritas de siempre.

ENTREGA

Lo mejor del sexo, dijo ella, es cerrar los ojos y entregarlo todo sin esperar nada del otro. Él le tomó la palabra y le vació el departamento.

EL NOMBRE DEL JUEGO

Apártate de él, allí, desnudo, con el vello púbico encaramándose hacia el ombligo como una enredadera acre. Apártate ya, te lo ruego. Si no, dentro de unos días, unas semanas, un mes va a volver a pasar lo que pasó hace un rato: sus manos donde nunca las quisiste, las tuyas pronunciando vagas asquerosidades sobre su piel blanca, fláccida y húmeda, y aunque ni siquiera sepas que el juego se llama estupro, la náusea será irremediable.

WONDER WOOMAN

Del bolso sacó las llaves, el celular, pañuelos de papel, lentes de aumento, anteojos de sol, la credencial del servicio médico, pastillas de mentol, humectante labial, antidepresivos, antiácidos, analgésicos, aguja, hilo, imperdibles, tampones, aspirinas, peine, pantis de repuesto, una estilográfica con el emblema "Recuerdo de Acapulco", una pata de conejo, condones siliconados, colirio, pegamento instantáneo, chicles, destornillador, pinzas, la capa, el lazo invisible, la tiara dorada, las botas rojas de charol, pero como no encontró el ticket con la dirección del lugar donde había dejado el coche, tuvo que regresar del trabajo a pie. Así de ardua es hoy en día la vida de las heroínas.

MALDITA ESTABILIDAD

Era costumbre entre nosotros subir a los micros con silbatos y pancartas, pintar grafitis, vocear cánticos alusivos, ir con la adrenalina a tope a tocar el bombo vociferando insultos y amenazas.

Se estaba en familia. Se conocía gente, se ligaban amistades. En cambio, ahora, desde que se impuso el bienestar y la abundancia, desde que no tenemos necesidad de salir a protestar, pasamos los días buscando cómo ocupar el tiempo libre y por momentos nos asaltan unas ganas locas de volver a golpear cacerolas, solo para reconectarnos con los buenos viejos tiempos de corralito, huelgas y piquetes.

FUNDACIÓN VICTORIA OCAMPO
SIN FINES DE LUCRO
fundacion@victoriaocampo.com / www.victoriaocampo.com

http://www.victoriaocampo.com/biblioteca.aspx